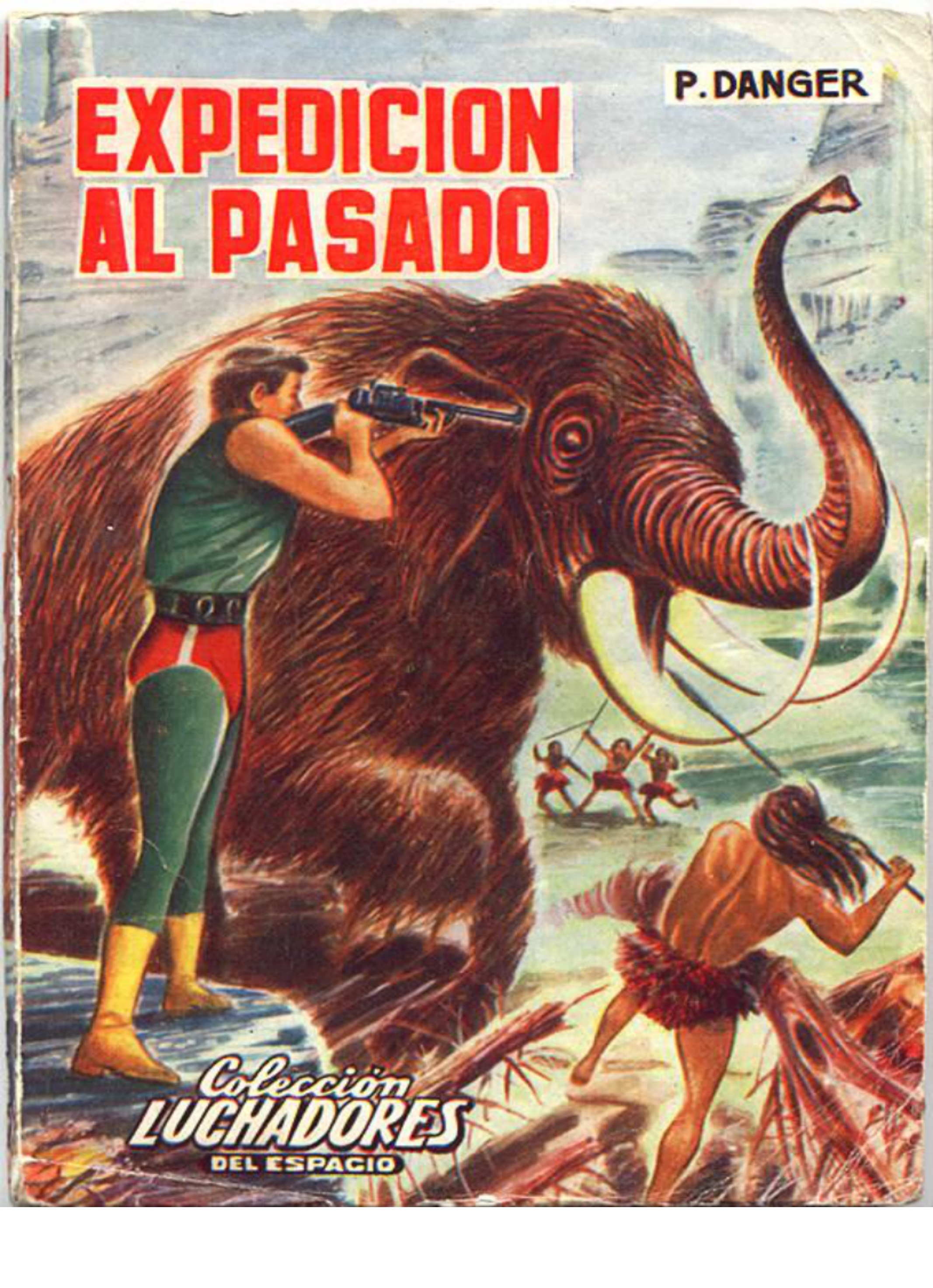


P. DANGER
EXPEDICION AL PASADO
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO



P. DANGER

EXPEDICION AL PASADO

EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 - VALENCIA

Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO



PRÓLOGO

El hallazgo de una pistola protónica en las excavaciones efectuadas en las cercanías de Gourdon, al sur de Francia, causó en el mundo verdadera sensación. El dictamen de los más afamados paleontólogos de que, el arma era efectivamente y sin lugar a dudas prehistórica, y que su antigüedad se remontaba a unos cuatrocientos cincuenta mil años, sumieron a los eruditos de todo el mundo en un profundo mar de dudas. ¿Cómo podía haber ido a parar aquella arma tan genuinamente moderna a una época tan antigua? ¿Qué significaba su hallazgo? ¿De dónde procedía? ¿Y cuál era su historia?

Se formularon numerosas hipótesis, se plantearon infinidad de posibles explicaciones lógicas. Pero no se pudo llegar a ningún resultado concreto. Hasta que una expedición compuesta por cinco hombres, decidió trasladarse al pasado para intentar desentrañar aquel misterio.

Ésta es la historia de aquella expedición.

Nuestro relato comienza el doce de febrero del año 2328.

CAPÍTULO I

Viaje al pasado

El hombre estaba recostado en el sillón anatómico, fumando plácidamente una gruesa pipa. Ante él, también recostado en otro sillón había otro hombre, maduro ya, pero con los ojos todavía brillantes de juventud. A un lado, sumidos en una semipenumbra, otros tres hombres escuchaban atentamente.

El doctor Franz Grueber, galardonado con el premio de las Naciones, cinco veces mencionado por servicios distinguidos a la humanidad, la autoridad máxima en cuestiones de arqueología, se quitó la pipa de la boca, lanzó una espesa bocanada de humo y miró a su interlocutor.

-Esta es la cuestión, profesor -dijo-. No tenemos más remedio que hacerlo. Es el único modo de poder desentrañar el misterio.

El aludido movió dubitativamente la cabeza. En su rostro se reflejaba la indecisión.

-Lo sé muy bien, doctor Grueber. Pero es peligroso.

-¿Y qué importa esto? Todas las expediciones entrañan un cierto peligro. Y nosotros podemos prestar un valiosísimo servicio a la humanidad.

-¿Hallando el origen de una pistola prehistórica?

-Exacto, hallando este origen.

El profesor Henri Robertson movió de nuevo la cabeza, mostrando su duda. Hacía tan sólo unas horas Que aquellos hombres habían penetrado en su laboratorio, en pos de una ridícula aventura: trasladarse en su esfera al más remoto pasado. A la época prehistórica, nada menos.

-Compréndanlo -les había dicho-. Es demasiado espacio intermedio de tiempo. La prehistoria es, además, una época peligrosa, en la que las sorpresas pueden acechar en cualquier rincón. Es muy expuesto aventurarse.

-Pero usted ha realizado ya otros viajes a ella.

-Cierto, pero, sólo al paleolítico superior. Y sin salir nunca de la esfera. Han sido sólo viajes de observación. ¿Qué es lo que pretenden, cazar un dinosaurio vivo?

-En la época a la que queremos trasladamos no existen ya los dinosaurios -dijo suavemente uno de los tres hombres sumidos en la penumbra.

-Bueno, es lo mismo. Pero sigue siendo peligroso.

El doctor Grueber cruzó las manos.

-Escuche, profesor Robertson. Según tenemos entendido, usted acepta llevar viajeros a las expediciones al pasado, mediante el pago de una suma de alquiler por sus servicios. Expediciones científicas, tan sólo, naturalmente, pero expedición es al fin y al cabo. ¿No es, cierto?

-Exacto.

-Muy bien. Entonces la cuestión está clara.

Nosotros alquilamos sus servicios y no se hable más. La tarifa acostumbrada: mil universos por día. Mas costes y gastos de preparación y equipo. ¿De acuerdo?

El profesor volvió a dudar.

-¿Se han dado cuenta que necesitarán un equipo especial? Si nos topamos con un mamut un rifle protónico normal no les va a servir de nada.

-Lo sabemos. Hemos, encargado ya un equipo especial de caza. Y todos los accesorios necesarios.

El profesor Robertson volvió a suspirar, vencida su resistencia.

-Está bien -dijo-, acepto. Pero que conste que, si sucede algo, la responsabilidad es suya. ¿De acuerdo?

El rostro del doctor Grueber se iluminó. Asintió enérgicamente con la cabeza.

-De acuerdo profesor.

* * *

En realidad, el origen de la expedición se remontaba a algunos días antes.

Grueber había sido uno de los principales colaboradores de la expedición arqueológica que, halló las ruinas en las excavaciones de Gourdon. Desde un principio se sorprendió grandemente del hallazgo. Las ruinas se encontraban en una caverna hendida, en lo que había sido la ladera de un monte, y dentro de ella se encontraba la pistola. En realidad, el transcurso de los años casi la habían destruido completamente, haciendo irreconocible sus características. Pero el depósito atómico, el largo cañón, y la culata con sus dos botones de mando eran inconfundibles. En sí, la pistola parecía pertenecer al tipo moderno, aunque quizás tuviera algunas diferencias de detalle. Pero el sistema era el mismo.

Sin embargo, lo más curioso no era la pistola en sí, sino el hecho de

encontrarse encima de lo que había sido un túmulo de piedra, al parecer algo así como un altar. Y la consecuencia aparecía lógica: la pistola parecía haber sido colocada ahí como si se tratara de alguna deidad. Se le había erigido un altar. Lo cual quería decir que los que construyeron el altar debían conocer algo de sus poderes.

El examen arqueológico de los restos del arma demostraba claramente que no existía confusión ni adulteración ninguna. La prueba del carbono alejó todas las dudas: la pistola permanecía en aquel lugar desde los tiempos prehistóricos. ¿Cuál había sido su origen? ¿Había sido dejada allí por algunos misteriosos seres venidos de allende el espacio? ¿Por algunos hombres que acudieron del futuro? El enigma se abría cautivador. Y a Grueber le entusiasmaba descifrar enigmas.

Enseguida pasó por su mente la idea de acudir al pasado a investigar aquello. En otra época, lo único que hubiera podido hacer hubiera sido morderse las uñas deseando resolver un enigma insoluble. Pero ahora era diferente. Pocos años antes, Henri Robertson, un científico francés, había logrado construir una auténtica máquina del tiempo, una esfera que podía trasladarse a voluntad a cualquier época del pasado. Con ella se habían realizado numerosas investigaciones históricas, que habían servido para aclarar grandes misterios de la antigüedad. Ahora, podían servirle a él para sus propósitos.

Grueber era un hombre de ideas prácticas. Apenas lo hubo pensado, puso manos a la obra. Necesitaba de un equipo colaborador. Debía ser un equipo reducido, pero selecto. Y que abarcara todas las ramas que pudieran ser útiles en aquellas circunstancias. Durante unos días fue seleccionando a las personas que podían acompañarle. Y pronto las escogió definitivamente. Tres hombres, que le valdrían como cincuenta.

En primer lugar se encontraba Rudolf Quaterman, uno de los más expertos cazadores mundiales, que parecía haber heredado con su nombre las cualidades de su homónimo literario. Era un hombre alto, espigado, de mirada profunda, mejillas hundidas y salientes pómulos. No se le concebía sin traje de cazador, sin salakof y sin un rifle en bandolera. Se decía de él que había llegado a matar más de quinientas piezas de gran alzada, lo cual era un récord en aquellos tiempos, en los que la caza mayor escaseaba en todas partes.

El segundo era un hombre bajo, rechoncho, de prominente barriga,

cortas piernas y cabeza de melón. Pese a todo lo cual era una de las mayores autoridades mundiales en el estudio de las civilizaciones prehistóricas. Su lema era: "*Dadme un hombre prehistórico, y yo os diré el año de su nacimiento*". Cuando le fue ofrecido el participar en la expedición, aceptó encantado. No siempre se ofrecía a uno la posibilidad de estudiar las civilizaciones prehistóricas en su propia salsa.

El tercer miembro era el más joven de la expedición. Contaría apenas veinticinco años. Pero era el más experto descifrador de lenguajes antiguos en todo el globo terráqueo. Se había especializado en las escrituras antiguas árabes, persas y egipcias, logrando descifrar textos considerados hasta entonces como indescifrables. Aceptó inmediatamente. El lenguaje de los hombres prehistóricos no había podido estudiarse nunca, por carecer de escritura en la que dejar constancia de él. Su estudio, al natural, sería una gran cosa.

Grueber sabía que con aquellos tres hombres, además de él mismo y Robertson, habría suficiente. Quaterman sería el hombre que los protegería de todo peligro. Pierre Hortzst, el que estudiaría a los habitantes prehistóricos y su medio. Anton Barly, el que se entendiera con ellos. Robertson, el que guiara la esfera por el tiempo. Y él, quien desentrañara el misterio de la pistola.

Una vez llegados a un acuerdo con Robert y vencidos sus escrúpulos, se hicieron rápidamente los últimos preparativos. Los cinco hombres prepararon sus equipos, escogidos especialmente para acudir a aquella época en las que las comodidades brillarían por su ausencia. Primero se seleccionaron las vituallas. Luego, los trajes. Luego, las tiendas. Luego las armas. Y, finalmente, los instrumentos científicos. Hortzst esperaba encontrar abundante material para estudiar las costumbres de la civilización prehistórica. Barly, para estudiar su lengua. Y Grueber... para todo.

Visitaron la gran esfera que era la máquina del tiempo de Robertson. En realidad no era más que una enorme bola de aspecto cristalino, de unos cinco metros de diámetro, y en la que el suelo se encontraba a una altura de dos metros de su base. El profesor Robertson les explicó cómo funcionaba y bajo qué principios se basaba, pero nadie entendió nada. Les bastó saber que funcionaba y que los llevaría hasta su destino. Y ya no desearon saber nada más.

Los últimos días anteriores a la partida, fijada para el 28 de febrero, se pasaron en repasar todo el equipo. La gente, y con ella los periodistas, enterados de la expedición, acosaban a los cinco hombres, y sus nombres aparecieron pronto escritos en todas partes. Si hubieran deseado publicidad, la hubieran obtenido por todos lados. Pero eran científicos. Y por ello les molestó más que les agradó aquella propaganda. Muchos periodistas quedaron desairados cuando se les dio con la puerta en las narices. Y los cinco hombres lanzaron sendos suspiros de alivio cuando al fin llegó el día señalado.

El veintiocho de febrero amaneció claro y despejado: Los cinco hombres se reunieron en la explanada en la que estaba depositada la esfera. Sólo había tres testigos, los auxiliares de Robertson. Los cinco hombres, ataviados con sus trajes espaciales antihumedad y anticalor, montaron en la esfera. Desde allí, saludaron a los tres testigos que, desde el suelo, levantaron sus manos. El profesor observó a su alrededor.

-¿Todo listo?

Cuatro signos de asentimiento. Robertson hizo elevar la esfera, y la hizo deslizarse por el aire, en busca del lugar señalado para iniciar el viaje: las cercanías de las excavaciones de Gourdon. Una vez allí, la esfera se detuvo a ciento cincuenta metros de altura. Robertson contempló hacia abajo, y luego elevó el aparato doscientos metros más. Miró de nuevo hacia abajo, y luego a sus compañeros.

-¿Listos? -volvió a preguntar.

Los cuatro hombres, atados con correas elásticas a sus respectivos sillones, contuvieron instintivamente la respiración, al tiempo que asentían con la cabeza. El profesor posó una mano sobre una palanca.

-Agárrense -dijo simplemente. Y tiró de la palanca hacia sí.

* * *

Fueron sólo unos segundos. Un vértigo, un ligero mareo y después nada.

Contemplaron a su alrededor. ¿Qué había pasado? ¿Había fallado la esfera?

Se encontraban aún suspendidos en el aire, a la misma altitud que antes. Pero bajo ellos el paisaje había cambiado totalmente. Ya no eran geométricos rectángulos de vegetación de cultivo, separados por casas de estilo modernista, lisas autopistas y boques de uniforme arbolado. Bajo ellos

se divisaba un espeso bosque con todas las características de la selva, en el que no se apreciaba la menor huella de presencia humana. A lo lejos, unas azules montañas levantaban sus picos hacia el cielo, como grandes dedos señalando hacia el firmamento.

-¿Qué ha sucedido? -inquirió Grueber- ¿Dónde estamos?

Robertson sonrió.

-Tranquilícese, doctor -dijo-. Simplemente hemos llegado a nuestro destino; el lugar que usted eligió. Nos encontramos en el paleolítico inferior. En plena prehistoria.

CAPÍTULO II

La salvaje

Grueber observó a su alrededor.

-¿En tan poco tiempo? -inquirió- Apenas han transcurrido unos segundos.

-Para nosotros sí. No olviden que hemos viajado a través del tiempo. Nosotros apenas nos hemos dado cuenta de ello, pero en este corto intervalo han pasado muchos años. Miles de años desde que salimos del laboratorio.

Quaterman observaba atentamente a su alrededor. Observó:

-Un momento, profesor. Cuando iniciamos el viaje, nos encontrábamos en la cima de una pequeña colina, y ahora estamos sobre la hondonada de un valle. Si mis informes no son falsos, deberíamos movemos en, el tiempo, pero no en el espacio. ¿Qué ha sucedido?

-No se alarmen. Nosotros no nos hemos movido en lo más mínimo. Ha sido el suelo quien se ha movido bajo nosotros.

Barly dio un respingo en su asiento.

-¿El suelo?

Exactamente. Si han estudiado un poco de historia de la Tierra sabrán que los continentes no están fijos, sino que son enormes masas móviles que flotan sobre las aguas. Y, como, tales tienen movimiento. Nosotros no podemos apreciarlo, debido a que es tan lento que se necesitan cientos de años para que se mueva un metro. Pero hemos retrocedido mucho tiempo, y en este tiempo este corrimiento es apreciable. Aunque no nos hayamos movido, nos hemos desplazado unos cuantos kilómetros del lugar de donde partimos.

-¿Y cómo podremos orientamos?

-No se preocupen. En mis anteriores viajes he analizado este corrimiento, calculando su intensidad anual. Puedo decirles que nos hemos desplazado unos treinta kilómetros hacia el este.

No tardaremos en orientarnos sobre el mismo lugar de donde salimos.

Tomó los mandos de la esfera, y los empujó hacia la derecha. El aparato recibió un impulso de energía que lo lanzó hacia adelante a través del aire. Bajo ellos, en la selva, algunos animales levantaron, sorprendidos, la mirada al divisar aquel extraño objeto cruzar los cielos. Y quizás algún hombre también.

El aparato sobrevoló durante unos minutos la superficie terrestre,

atravesando algunas montañas. Robertson observaba fijamente los mandos e indicadores, mientras los demás, abocados al transparente de las paredes, observaban el paisaje que se deslizaba bajo ellos. De pronto Hortzst gritó:

-¡Miren, allí!

Todos se agolparon en el panel señalado, pudiendo ver entre los árboles el atisbo de una cabeza que se elevaba por los aires. Era, sin duda, la de algún animal gigante, mayor que un elefante, dotado de un cuello largo y una cabeza pequeña y aplastada, con un hocico parecido al de un perro. Por unos instantes se mantuvo sobre la copa de los árboles, como mirando el cielo.

Luego volvió a hundirse entre el follaje. .

Hortzst tuvo el tiempo justo de tirar una instantánea antes que la cabeza volviera a desaparecer.

-¿Habremos llegado a la época exacta? -soliloquió-. Un error de pocos años nos haría perder bastante tiempo.

-No se preocupen -respondió Robertson-. Si las cifras que me dieron son exactas, hemos llegado en el tiempo preciso. No puede existir el menor error. La esfera trabaja en márgenes de horas, incluso.

Ante la esfera apareció una pequeña loma, cuya cima, desprovista de vegetación, tenía el aspecto de una cabeza calva. Robertson hizo dar un círculo a la esfera, observándola. La señaló a los demás.

-Bien, señores -dijo-. Según mis cálculos éste es aproximadamente el lugar. El punto preciso está indudablemente un par de kilómetros más hacia adelante, pero no creo prudente ir hasta allí con la esfera. Lo mejor es descender aquí, y realizar el resto del camino a pie. ¿No les parece?

Todos estuvieron de acuerdo. Robertson movió los mandos, y el aparato fue descendiendo lentamente, hasta llegar al suelo. Un trípode se extendió bajo él, oficiando de tren de aterrizaje, y la esfera se suspendió sobre sus cortos muelles. Pocos segundos después quedaba inmóvil. El profesor cortó la energía y se relajó en el asiento.

-Mi misión ha concluido, señores -dijo-. Les he llevado ya al punto asignado. Ahora la expedición es suya, Grueber. Le cedo el mando: adelante.

* * *

Barly depositó el último bulto en el suelo y miró a su alrededor. Quatermans, con su inseparable rifle entre las manos, oteaba también atento lo

que les rodeaba. -Grueber contempló el sol, casi en su cénit.

-Es mediodía -dijo-, quizás las dos de la tarde. Tenemos tiempo.

-¿Qué hacemos con la esfera? -preguntó Hortzst.

Grueber miró a Robertson, y éste se encogió de hombros, inhibiéndose. Miró luego a su alrededor.

-Creo que sería prudente encontrar algún lugar donde ocultarla -dijo Barly-. No podemos dejarla aquí, expuesta a cualquier percance.

-Por supuesto. Sería conveniente buscar algún lugar propicio, una cueva, quizás. ¿Que le parece, Robertson?

El hombre asintió.

-Creo que sería lo más prudente. Pero ¿dónde vamos a encontrar esta cueva?

-Será preciso buscarla. Usted puede encargarse de esto con la esfera, Robertson, mientras nosotros le seguimos por tierra. ¿De acuerdo?

-Bien.

Grueber sacó sus instrumentos y empezó a hacer cálculos para delimitar su posición exacta. Sacó un plano en el que estaban marcadas todas las latitudes en un mapa blanco, en el que solamente estaba marcado el punto correspondiente al lugar del hallazgo, y trasladó a él el resultado. Efectivamente, se encontraban tan sólo a unos tres kilómetros del lugar. Marcó el punto con una cruz y, consciente de su obligación, bautizó la colina: Colina de Robertson. Luego, volvió a guardar sus instrumentos.

Tardaron dos horas en encontrar un lugar apropiado para resguardar la esfera. Casi al pie de la colina, Robertson divisó una gruta y Grueber y los demás la exploraron. No era muy profunda, tan sólo una oquedad en la roca. Pero la esfera cabía en ella. Robertson la condujo hasta la gruta, y después instalaron en la entrada cuatro proyectores de energía repulsiva para protegerla. Nadie que no fuera inmaterial podría entrar en aquella gruta si no conocía el modo de cortar la energía de los proyectores. Era un sistema más eficaz que la más blindada de las puertas de seguridad.

Los expedicionarios cargaron sus mochilas. Ahora sólo les faltaba dirigirse hacia el lugar donde se habían ubicado las ruinas. Grueber señaló la dirección: sur-sudoeste. Y los cinco hombres empezaron a andar.

Los últimos métodos de investigación arqueológica permitían saber la antigüedad de cualquier objeto con una exactitud asombrosa. Grueber había

logrado ubicar la antigüedad del arma en un período de sólo cien años de margen de error. Indudablemente, si Robertson había hecho bien los cálculos, se encontraban en la época precisa. Ahora sólo les faltaba ir hasta allí y encontrarla.

La colina, que en la parte por la que descendían era extremadamente rocosa, se veía bruscamente cortada en la misma selva, como si emergiera de ella. Cuando llegaron a su pie, los árboles les ocultaron completamente el panorama. Grueber sacó la brújula que, a partir de aquel momento, sería su única guía. Todos apercibieron sus rifles, y se adentraron en la húmeda y lujuriante vegetación.

Los árboles alcanzaban alturas extraordinarias, de más de veinte y treinta metros. Abundaban las coníferas, y el suelo estaba cubierto de musgo y helechos de gran tamaño. Grueber y Barly se habían colocado en primer término, empuñando sus machetes para abrir camino. Detrás iban Robertson y Hortzst. Quaterman, con el fusil dispuesto a disparar al menor indicio de peligro, cerraba la marcha.

A su alrededor tan sólo se oían los ruidos propios de la selva: graznidos y aullidos, junto con susurrar de ramas, rumor de pisadas desconocidas... un sonido característico, que no podía confundirse con ningún otro. En los escasos claros que dejaba la vegetación, podía verse el cielo y el brillante sol, arrojando torrentes de luz. Encontraron un ancho y caudaloso río en su camino, que tuvieron que atravesar con los botes de goma. Cuando se encontraban a mitad de camino, en el centro de la corriente, Quaterman divisó en el cielo un ave que calificó como un pterodáctilo. Hortzst negó que lo fuera por su escaso tamaño y por el hecho, que el pterodáctilo era un animal en aquella época casi extinguido por completo, y los dos hombres se enzarzaron en una discusión. Todavía seguían discutiendo cuando llegaron a la otra orilla y recogieron los botes, deshinchándolos, plegándolos y metiéndolos de nuevo en sus fundas especiales.

Fue en el preciso momento en que Hortzst empezaba a acumular pruebas irrefutables en favor de su aseveración, cuando sonó el grito.

Los cinco hombres enmudecieron de repente, prestando atención a la selva. No cabía duda, se había tratado de un grito humano. Un grito de mujer, a lo que parecía.

Los expedicionarios se miraron entre sí, consultándose

silenciosamente. El grito volvió a sonar, esta vez más cercano. Quaterman preparó el rifle. Y en aquel mismo instante apareció, por un ángulo de la selva, el causante de la alarma.

Era una mujer. Salió de la espesura corriendo, como si huyera de algo. Al ver al grupo se detuvo en seco, y en su cara se pintó más que nunca el espanto. Durante un breve lapso de tiempo permaneció inmóvil, como indecisa. Luego, hizo ademán de escapar hacia otro lado.

Grueber gritó:

-¡Agárrenla! ¡No la dejen huir!

Barly era el miembro más joven y vigoroso del grupo. Y el de reflejos más rápidos. Se lanzó hacia adelante, en seguimiento de la mujer que, habiendo lanzado un nuevo grito, intentaba ganar de nuevo la selva por otro punto. Por unos momentos pareció que conseguiría su propósito.

Pero Barly era veloz. Cuando estuvo tan sólo a unos metros de ella, se lanzó en plancha hacia adelante, asiéndola por las piernas. No pudo evitar que uno de sus talones le diera un golpe en la cabeza, pero consiguió lo que se proponía: hacer caer a la mujer al suelo.

Ella se revolvió como una fiera. Barly estaba levantándose todavía cuando ella ya estaba de nuevo en pie, y lanzaba con violencia su pierna derecha contra su rostro. Tuvo el tiempo justo de apartar la cabeza antes que la pierna-proyectil hiciera impacto, y casi en un movimiento instintivo la agarró a su paso, tirando de ella hacia arriba. La mujer cayó al suelo de espaldas. Y Barly no desaprovechó la ocasión para lanzársele encima.

Sabía que no debía ir con cumplidos, se trataba de una verdadera fiera. Debía sujetarle las manos lo antes posible si no quería que le sacara los ojos. Ella dejaba escapar gritos inarticulados, mientras se revolvía, forcejeando por liberarse. Barly logró sujetarle un brazo y recibió un mordisco en el hombro que si no le desgarró su traje fue debido a la resistencia de la tela. Le asestó un revés en el rostro y, como compensación, recibió un rodillazo en el estómago. Se cansó. Su mano que tenía cogido el brazo adversario hizo un giro, y la mujer tuvo que hacer una violenta contorsión volviéndose de espaldas, para evitar el dolor.

Por aquel entonces, los demás del grupo habían acudido ya al lugar de la lucha, dispuestos a intervenir. Pero Barly había conseguido ya dominarla. La mujer había tenido que situarse de espaldas a él, y aquello le permitió

sujetarle el otro brazo, inmovilizándola al mismo tiempo contra sí por la cintura. Aguantando los incesantes talonazos que ella le daba en las espinillas gritó, por sobre sus gritos furiosos e inarticulados:

-¡Pronto, traigan una soga!

Era una orden fácil de cumplir. Robertson trajo una resistente liana de uno de los árboles cercanos, y Barly arrojó a la mujer al suelo con las manos a la espalda y, colocándole una rodilla sobre su cuerpo para impedir que se levantara. Tardó tan sólo unos segundos en atarle los brazos. Luego se levantó, sudoroso y jadeante.

-¡Uf! -dejó escapar-. ¡Prefiero un gato montés!

La mujer había hecho una contorsión, sentándose en el suelo, en la arena de la pequeña playa que el río formaba en aquel lugar. Entonces pudieron los cinco hombres examinarla bien.

En realidad, no era todavía una mujer. Su edad oscilaría entre los quince o los veinte años, aunque no se podía determinar con precisión. Indudablemente era bonita, pero su hermosura quedaba oculta por la capa de mugre que le cubría la cara. Su pelo, largo y enmarañado, le llegaba a la cintura desordenadamente. Como único traje la cubría una piel arrollada a su cuerpo, al estilo de los *saronge* polinesios, que le iba desde los hombros hasta los muslos. Estaba sujeta en la parte lateral mediante un ingenioso sistema de agujeros, unidos entre sí por un largo bejuco que los atravesaba y una liana trenzada. Sus ojos verde intenso que contrastaba enormemente con el oscuro de su piel, observaron durante unos instantes a los cinco hombres.

Luego, en un rápido movimiento, se puso en pie e intentó huir. Barly tuvo que lanzarse de nuevo hacia ella y hacerla caer al suelo para que no consiguiera su propósito.

La muchacha se sentó de nuevo sobre aquél, contemplándolos alternativamente. Los cinco hombres se miraron entre sí, rodeándola. Grueber indicó:

-Intente algo, Barly. Hágale comprender que no queremos hacerle ninguna clase de daño.

Barly se rascó pensativo la cabeza. En realidad, era una papeleta lo que le tocaba hacer ahora. Para poder hablar con la salvaje debía conocer su lenguaje, Y para conocer su lenguaje debía hablar primero con ella. Y para hacer ambas cosas debía ganarse antes su amistad. ¿Cómo?

Se arrodilló frente a ella, que permanecía todavía sentada en el suelo, sin tener al parecer la menor intención de moverse. Barly pensó que aquello la hacía más inteligente de lo que fuera previsible suponer.

No dijo nada. Se limitó a mirarla fijamente y ella le devolvió la mirada. Luego, lentamente, Barly distendió su boca en lo que era la más franca sonrisa de amistad. Aguardó.

Ella no hizo ningún signo de haber comprendido la intención.

-¿Qué sucede, Barly?-inquirió Grueber.

El aludido volvió a rascarse la cabeza.

-Si a alguno de ustedes le persiguieran y lo retuvieran por la fuerza en un sitio donde no quisiera estar, atándole contra su voluntad e impidiéndole huir, ¿qué pensaría de los que tal hicieran, por más que le obsequiasen con las más encantadoras de las sonrisas?

Grueber no dijo nada. Barly dudó unos momentos antes de decidirse por la conducta a seguir. Al fin murmuró entre dientes:

-Está bien, voy a ensayar otro método.

La mujer seguía contemplándole, sin duda asombrada por su extraño lenguaje. Barly volvió a sonreírle. Luego, se señaló con un dedo a sí mismo.

-Yo, Barly -dijo. Y señalándola a ella y adoptando el más expresivo gesto de interrogación que supo encontrar-: ¿Tú?

Ella no dio el menor signo de haber comprendido.

Barly volvió a ensayar. Primero se señaló a sí mismo. Luego, a ella. Deletreó:

-Yo, tú, amigos. Y dejó que su boca ofreciera la más cautivadora de las sonrisas.

La muchacha permaneció impasible.

Barly repitió lo mismo tres o cuatro veces, esperando reacción en alguna de ellas. Al ver que no conseguía nada todavía, decidió ir al grano.

-Colóquese tras ella -indicó a Quaterman-. Y esté prevenido por si intentara huir. Vamos a ver si esto tiene éxito.

Procedió tan sólo por señas. Unió sus muñecas, indicando ligaduras. Luego hizo ademán de cortarlas. Y después, con los brazos al aire, expresó la más universal de las ideas de libertad.

Tomó su machete. La muchacha se echó hacia atrás, asustada. Barly la hizo volverse de espaldas y de un solo tajo le cortó las ligaduras que la

sujetaban. Luego, ensayó la más cautivadora de sus sonrisas.

La muchacha se frotó enérgicamente las lastimadas muñecas, mirando primero a Barly, luego a los demás. El hombre hizo un gesto, como queriendo decir: "*¡Ya ves!*". Y siguió sonriendo. La muchacha se levantó de un salto e intentó huir. Pero esta vez Barly estaba prevenido. Su mano se adelantó rápidamente, sujetándola firmemente por uno de los brazos. Ella se volvió, de nuevo asustada. Barly, por mímica, la señaló primero a ella, después al suelo, y, luego a sí mismo. Era imposible que ella no comprendiera que se le pedía que se quedara allí. Vaciló unos momentos. Barly probó de nuevo con su sonrisa más amistosa. Y, al fin, ella también sonrió:

Barly le soltó la mano. Y ella no huyó.

* * *

Decidieron acampar allí por aquella noche, mientras Barly intentaba aprender el lenguaje de la salvaje. Esta, al comprender definitivamente que ninguno de los hombres que había allí quería hacerla el menor daño, olvidó la lucha primitiva y adoptó una especie de suave confianza. Se sentó en el suelo y, contempló con curiosidad cómo los demás trajinaban con sus equipos e instrumentos. Barly se sentó a su lado, y pronto entablaron una amistosa conversación... sin palabras.

Barly empezó con el universal: Yo Barly... ¿Tú?... Así supo que el nombre de ella era algo así como *Una*. Luego, fue siguiendo con el nombre de las cosas que los rodeaban: el río, los árboles, la tierra, el cielo, las personas... Toda la conversación iba siendo registrada por un grabador descifrador idiomático, que al tiempo que grababa las palabras las separaba y ordenaba por orden alfabético y de conceptos, a la par que deducía el significado de las de unión. Así, a las dos horas y media de conversación, Barly podía entender ya medianamente lo que la muchacha le decía.

Inquirió por su tribu, y supo que se encontraba algo alejada de allí, hacia el sur. No pudo precisar la distancia, para ella las distancias eran algo que no podía medirse. Al preguntarle Barly las causas de sus gritos y su carrera, cuando apareció en el río, ella se lo dijo. Había salido con otros habitantes del poblado en busca de frutos secos, cuando la aparición de un *ru* -un animal, aunque Barly no pudo precisar de qué especie podía tratarse- los obligó a dispersarse, separándose. De repente, se encontró sola en el bosque. Fue andando hasta llegar a la altura del riachuelo, que la orientaría hacia el

poblado, pues con el tiempo transcurrido había perdido la orientación por el sol. En el bosque había tropezado con un *ba* -otro animal, desconocido también para Barly-, un carnicero. Había huido y, en su camino, había topado con una planta carnívora. Aquéllos habían sido los dos gritos que los cinco hombres habían oído. Asustada, aquello la hizo perder la serenidad, y huyó sin rumbo fijo, yendo a desembocar de nuevo en la playa, donde se había encontrado con ellos.

Barly comprendió por qué, al verlos, intentara huir y se defendiera tan desesperadamente. Su aspecto, para un salvaje de aquella época y aquellos latitudes, no debía ser muy tranquilizador.

Grueber inquirió:

-¿Cómo va la salvaje?

-Bien -dijo Barly-. Ahora ya tiene confianza en nosotros. He logrado descifrar casi todo su lenguaje esencial. Es muy sencillo. Apenas conocen ni adverbios, ni preposiciones, ni muchos de los pronombres... Los verbos los designan con una sola palabra en todos los tiempos y para todas las personas. Todas las cosas desconocidas las designan con su nombre genérico: para ellos todos los árboles son árboles, menos los que les son útiles, que han sido ya bautizados con un nombre especial. Y cuando hay algo que desconocen completamente, que no saben lo que es, lo designan con una sola palabra: *arra*. Así, nosotros somos, para ella, *arra*.

-¿Pueden entenderse?

-Enteramente. Lo único que necesito es un poco de práctica con el registro. Aunque debemos tener en cuenta también que este lenguaje no será universal, sino sólo privativo de la tribu de ella. Cada tribu tendrá su lengua propia que, si bien en el fondo puede ser muy similar a ésta, siempre será distinta. Y esto obstaculizará algo nuestro propósito si la tribu de la muchacha no es la que buscamos.

-¿No puede preguntárselo?

-Temo que sea contraproducente. Lo mejor es ir con ella hasta su tribu, y allí hacer averiguaciones. No creo que ella se oponga a que la acompañemos.

-Está bien. Inténtelo.

Barly se dirigió a la muchacha, indicándole lo acordado, a lo que ella aceptó inmediatamente.

-Pasaremos la noche aquí -le dijo-, y mañana marcharemos hacia tu poblado. ¿Podrás guiarnos hasta allí?

Ella asintió con la cabeza.

-Está bien. Entonces, vamos a descansar. Mañana deberemos trabajar mucho.

CAPÍTULO III

La pistola

Durante toda la noche, Barly oyó a la muchacha revolverse en el exterior, fuera de la tienda. No había querido alojarse dentro de ella, y tan sólo había consentido que se le echara encima una manta termógena, a pesar de lo cual, al notar el calor de la prenda se había asustado. Barly le había dicho que venían de un país muy lejano, y le explicó que la manta era la piel de un animal que habitaba en aquellos parajes. Sólo tras esta explicación aceptó la muchacha arroparse bajo ella.

Aunque el sitio, junto al río, estaba a salvo de los peligros de la selva, se encontraba en un paraje donde podía esperarse cualquier sorpresa. Por eso, rodearon la tienda con un amplio círculo de fuego químico, a fin que los animales que vinieran a beber al río no pudieran acercarse demasiado al refugio. Durante toda la noche oyeron en el exterior el ruido de la fauna nocturna. En una ocasión, los gritos de la salvaje alarmaron a todos. Quaterman, seguido de los demás, salió al exterior con el rifle dispuesto. En la oscuridad podía verse la sombra de un enorme animal; de la alzada de un rinoceronte, merodeando por los alrededores. Quaterman iba a disparar, pero Barly se lo impidió.

-No sea loco. Asustaría a la salvaje, y no conseguiríamos nada. No se acercará demasiado al fuego, y no puede atacarnos. Tranquilicémonos.

Apaciguó la excitación de la muchacha, y se retiraron a dormir. Pero Barly no pudo conciliar de nuevo el sueño. Durante el resto de la noche oyó el rebullir de la muchacha en el exterior. Pensó que para ella habían sido demasiadas emociones juntas en un solo día para que pudiera descansar tranquila.

Se levantó muy temprano, cuando los demás aún seguían durmiendo. Se ciñó el cinto de los utensilios, tomó el rifle y salió al exterior.

El sol se encontraba todavía muy oblicuo en el cielo, hacía tan sólo una hora que habría amanecido, y junto a la pared de la tienda hermética, arrebujada en la manta termógena, se encontraba la muchacha indígena. Barly se acercó y se arrodilló a su lado. Durante unos instantes permaneció contemplando su rostro, tranquilo en la placidez del sueño. No acusaba mucho los rasgos característicos de la edad a la que pertenecía. Cierto que no era tampoco un tipo clásico europeo. A Barly le recordaba las indígenas de

muchas de las islas del Pacífico.

Como ellas, poseía esta rara belleza mitad exótica, mitad mágica, que es imposible encontrar en las mujeres blancas actuales. Con el rostro limpio, pensó, sería extraordinariamente bonita. Una mujer fresca y lozana, no una sofisticada mujer moderna, adulterada por los cosméticos y los tratamientos de belleza.

Se levantó y se puso a pasear por los alrededores. No se veía ningún signo de vida a su alrededor, si bien la arena estaba repleta con las señales de multitud de pies que avanzaban hacia el agua. Alrededor de la tienda se veían también pisadas de animales, por fuera de la protección de la línea de fuego. Barly detuvo el emisor, y dejó que el fuego descendiera hasta extinguirse completamente. Quitó la malla que servía de sustentación a la llama y guardó todo el equipo. El día iba asomándose en todo su esplendor. Después de contemplar durante años la salida del sol desde la sombra de los inmensos hormigueros humanos de las ciudades, Barly pensó que aquel íntimo contacto con la naturaleza era sencillamente maravilloso. Contempló las cristalinas aguas, en las que se veían nadar multitud de peces. Pensó que sería una buena idea pescar alguno y comer pescado fresco para desayunar. Cuando los demás despertaran diría a Hortzst que identificara alguno comestible para atraparlo y meterlo sobre el fuego. Debían ponerse en situación.

-¡Hola!

Se volvió en redondo. A. sus espaldas Se encontraba Una, de pie, sonriéndole. Había hablado en su dialecto, con su forma típica de saludo. Se señaló a sí misma, luego a Barly. Y repitió las primeras palabras que oyera de éste, tal como él las había pronunciado:

-Yo Barly. Tú Una. El negó con la cabeza.

-No -le dijo en su idioma primitivo-, al revés. Yo Una, tú Barly.

Ella sonrió de nuevo.

-Yo Una, tú Barly.

A Barly le agradó aquel saludo. Realmente los buenos tratos y la persuasión obraban maravillas. La muchacha tenía completa confianza en él. Y eso podía ayudarles mucho.

Una se dirigió hacia el río, y Barly la contempló curiosamente. Por unos instantes ella miró las tranquilas aguas, como si buscara algo. Barly se acercó:

-¿Qué buscas?

-Peces peligrosos -dijo ella-. No haber ninguno.

Y procedió a quitarse tranquilamente el bejuco que sujetaba la piel sobre su cuerpo. Barly la detuvo:

-¡Espera! ¿Qué vas a hacer?

Ella le miró sorprendida, sin comprender.

-Yo bañarme. No haber peces peligrosos.

Barly dudó unos momentos. Sintió ganas de reír. Asintió con la cabeza:

-Bueno, hazlo.

Dio rápidamente media vuelta, mientras ella terminaba de quitar el pasador que formaba el bejuco y arrojaba la piel a un lado. Cuando Barly penetró de nuevo en la tienda, pudo oír distintamente el chapoteo del cuerpo de la muchacha al meterse en el agua.

Cuando volvió a salir, esta vez acompañado de los demás, que ya habían despertado, la muchacha se encontraba tendida sobre la arena, dejando que el sol secara sus cabellos. Había vuelto a ponerse la piel, y su cuerpo, limpio ahora, resplandecía con suave tersura. Durante unos momentos, Barly contempló sus pies desnudos, en los que la planta presentaba una piel gruesa y dura, formada por el incesante caminar descalza. Mientras los cinco hombres desmontaban la tienda, la plegaban y la metían en su correspondiente mochila, ella fue siguiendo todos los movimientos, sonriendo a Barly. Este pensó que le había caído simpático a la indígena. Y esto le alegró.

Pescaron algunos peces que Hortzst dictaminó como comestibles, y los asaron al fuego de algunos troncos secos. Cuando terminaron el almuerzo, Grueber indicó a Barly que hablara con la muchacha.

¿Puedes guiarnos hasta tu poblado? -le preguntó éste.

Ella dijo que sí con la cabeza, y se levantó. Los demás la imitaron. Quaterman esparció con el pie las cenizas del fuego, y se dispusieron para la marcha.

Grueber se puso en cabeza, junto con Barly.

La muchacha se colocó inmediatamente tras ellos. Luego, siguieron Robertson y Hortzst. Y, cerrando la marcha, Quaterman, siempre con el fusil en la mano. Los dos primeros empuñaron sus machetes y se lanzaron a abrir una senda por la selva. Pero la muchacha los detuvo.

-¿Qué hacer? -preguntó a Barly.

Él se lo dijo: abrir un camino para llegar al poblado.

-No ser necesario -fue la respuesta-. Árboles dejar paso a hombres, si saber buscar sendero. Venir.

Durante unos instantes buscó en la espesura, como esperando hallar algo. Y al final lo encontró: una especie de estrechísimo sendero, por el que cabía difícilmente un hombre.

-Aquí -dijo.

Grueber se inclinó sobre el suelo.

-Es un sendero abierto artificialmente -dijo-. Sin duda por los animales que vienen a beber al río.

La muchacha sonrió a Barly.

-Ser caminos abiertos por árboles para marcar senderos -le dijo-. Ellos nos guiar.

Barly consultó a Grueber con la vista, después de traducirle lo dicho por la indígena. El hombre vaciló brevemente.

-Bueno -dijo al fin-. Debemos demostrarle que tenemos confianza en ella. Sigamos el camino.

Se adentraron resueltamente en la selva. Barly se colocó en primer lugar, precedido por la muchacha, que parecía rastrear el camino. Anduvieron por la selva, siguiendo la estrechísima senda marcada. La muchacha se escurría materialmente por entre los árboles y las lianas, y los demás tenían que hacer verdaderos esfuerzos por seguirla. Barly la llamó haciéndola detenerse. Le pidió que fuera más despacio, explicándole que en el país del que venían no había tantos árboles, y que no estaban acostumbrados a aquella marcha. Ella redujo el paso, y todos se lo agradecieron.

Hacia media mañana, encontraron un claro y Hortzst, que no podía con su alma, pidió detenerse un rato. Grueber decidió que podían comer algo, y se detuvieron. Sacaron una ración de comprimidos, y Grueber le tendió dos a Una. Ella miró extrañada a Barly.

-¿Qué ser?

Barly le explicó que se trataba de comida, pero ella no lo creyó. ¿Cómo podía ser comida una cosa tan pequeña? Barly intentó hacerle comprender lo que era, pero a la segunda palabra comprendió que la muchacha no lo entendería. Renunció con un suspiro.

-Está bien -dijo-. Buscaré comida para ti. Miró a su alrededor. Sabía que por allí encontraría comida en abundancia para la muchacha. De pronto, por la izquierda apareció de la espesura un animal muy parecido a una liebre, aunque de mayor tamaño. Se detuvo en el claro y se quedó unos breves instantes contemplando al grupo, moviendo sin, cesar sus ratoniles mandíbulas. Barly no lo dudó. Sabía que el rifle no le serviría, pero la pistola sí. Parodiando a los más famosos tiradores de los lejanos tiempos de la colonización americana, sacó la pistola de su funda y oprimió el botón de disparo. Inmediatamente, una descarga volatilizó, como por ensalmo, la cabeza del animal, matándolo en el acto.

Pero no fue esto sólo. Porque apenas acababa de efectuar el disparo, oyó un grito a su izquierda. Y cuando volvió la cabeza pudo comprobar sorprendido cómo la muchacha le contemplaba con ojos horrorizados, como si acabara de ver una espantosa visión.

Por unos instantes no pudo comprender nada.

El rostro de la muchacha mostraba un intenso pánico. Se mantuvo unos segundos inmóvil, sin apartar sus ojos de Barly. Luego, volvió a gritar. Dio media vuelta rapidísima y, antes que ninguno de los presentes pudiera reaccionar convenientemente, echó a correr, desapareciendo como un rayo en la espesura.

La escena se inmovilizó unos instantes. Luego, Barly reaccionó. Su primer intento fue correr tras la muchacha, pero se detuvo al comprender que no podría alcanzarla. Entonces, su vista fue bajando lentamente, hasta posarse en el objeto que mirara insistentemente Una, y que fuera el motivo de su espanto.

La pistola protónica con la cual había matado al conejo...

* * *

Grueber paseaba nerviosamente por el claro, sin estarse quieto ni un minuto.

-Entonces es seguro -dijo-. Esta mujer pertenece a la tribu que erigió el altar a la pistola que encontramos en las excavaciones. Y, por lo que podemos deducir, este culto se encuentra establecido ya. Lo cual es lo mismo que decir que vamos por buen camino, que mis cálculos arqueológicos fueron exactos y que hemos llegado a la época precisa. Podemos felicitarnos.

-Se asustó mucho al ver la pistola -indicó Robertson.

-Indudablemente -Hortzst carraspeó-. Pero nos encontramos ante una duda. Que se asustara de la pistola misma, o que se asustara de sus efectos. En cuyo caso tenemos dos hipótesis distintas: una pistola idéntica en todo a la que usamos nosotros y mostró Barly, o una pistola distinta en forma, pero con los mismos principios y los mismos efectos.

-No creo que esto tenga mucha importancia -objetó Quaterman-. Lo que no comprendo es cómo ella no se dio cuenta de que llevábamos pistolas hasta ahora.

-Las llevábamos siempre dentro de las fundas -replicó Barly-. Y ella no pudo saber lo que se encerraba en ellas, hasta que vio aparecer una.

-Lo más importante es que esto puede dificultar nuestra misión -dijo Grueber-. Con su ayuda teníamos el camino expedito hasta su poblado y por lo, tanto hasta la pistola. Pero ahora, no.

Barly levantó una mano.

-No estoy completamente de acuerdo con usted, doctor. Indudablemente, los nativos adoran a la pistola como si fuera una deidad poderosa. Tal vez nos consideren a nosotros como esta misma deidad, o como sus mensajeros. En este caso todo serán facilidades.

-Pero puede darse también el caso contrario. A, unos visitantes les hubieran dado quizás toda clase de informaciones con respecto a su deidad. Pero, ¿quiénes querrán contar cosas sobre la deidad a los que representan ser ella misma?

-Podemos usar muchos subterfugios para lograrlo. Los nativos no serán muy inteligentes. Estamos desde todo los ángulos en superioridad de condiciones.

-Tal vez. Pero Una demostró ser más inteligente de lo que hubiéramos podido suponer.

-Pero cayó en la trampa del temor. Todos los nativos son supersticiosos, tienen miedo de las cosas que no pueden comprender. Nosotros poseemos muchas de estas cosas. Las podemos utilizar. Grueber se levantó.

-Bueno, dejemos de discutir -cortó-. Hablando no resolveremos nada. Si queremos hallar la respuesta debemos llegar hasta el poblado. Por suerte ahora sabemos que vamos por buen camino. ¿Seguimos nuestra marcha?

CAPÍTULO IV

Portadores del “akra”

Era un poblado típicamente lacustre. Se encontraba situado en el fondo de un pequeño valle, en el cual había un lago de poca extensión, que constituía el nacimiento del río que atravesaran antes y en cuya orilla encontraron por primera vez a la muchacha, y que en aquel lugar formaba una gran curva. La colina en la cual se encontraban los cinco expedicionarios, dominaba el conjunto de cabañas por detrás. Al otro lado, se elevaba una montaña de roca desnuda, de altitud bastante considerable.

Lo contemplaron unos instantes desde su ventajosa posición. Al fondo, en lo que constituía la orilla del lago, se veían varias figuras moviéndose de un lado para otro. Eran aproximadamente las cinco de la tarde, hora de actividad todavía. Las figuras se movían incesantemente, acarreando troncos, trabajando sobre diversos materiales...

-No parece que estén excesivamente alarmados -dijo Robertson.

Quaterman se limitó a señalar, como respuesta, hacia las cabañas. Sobre la mayor de ellas podía verse la figura de un hombre de pie, mirando incesantemente a su alrededor. En otras cuatro cabañas más pequeñas, las de los extremos del poblado, otros hombres hacían lo mismo.

-Puede tratarse de centinelas permanentes -dijo-. Pero también pueden haber sido puestos en honor nuestro.

Una parte de la playa estaba acotada mediante lo que parecía ser una hilera de troncos clavados en el suelo. Una protección primitiva, pero eficaz contra las fieras de tamaño regular. Dentro de aquel círculo trabajaban las figuras movibles.

De pronto, de la selva apareció un grupo de hombres, arrastrando tras de sí un bulto grande. Llevaban en las manos unas pértigas largas, como si fueran lanzas.

-Cazadores -dijo Hortzst, apresurándose a sacar una nueva fotografía-. Regresan con su caza.

Grueber observaba con sus prismáticos de largo alcance todo el pueblo. Murmuró:

-¿Cómo podremos saber si nos esperan a nosotros?

-Esto es fácil -dijo Quaterman-. Basta hacer esto.

Alzó su rifle y apuntó hacia el cielo. Oprimió el gatillo durante unos

minutos. Una raya blanca surgió del cañón del arma, elevándose como un fino dardo hacia el cielo y volviéndose rojiza a medida que ascendía, hasta desaparecer diluida en la distancia.

Los cuatro vigías, allá abajo, empezaron a mostrar grandes signos de excitación, señalando el dardo y gritando desaforadamente. Dos de ellos descendieron hábilmente de las cabañas y se lanzaron hacia la orilla por encima de las estrechas pasarelas de comunicación. Toda la tribu mostró grandes signos de alteración.

Quaterman cortó la energía al rifle.

-Nos están esperando a nosotros -dijo.

Grueber asintió:

-Vamos, pues.

* * *

Formaban un grupo compacto, con los fusiles prestos para disparar al menor signo agresivo. Rodearon el lago, sin apresurar su marcha. Grueber había expresado el sentir general: los nativos podían recibirles como dioses o como enemigos. En el primer caso, todo iría bien. En el segundo, no podían descuidarse.

Los nativos los vieron cuando empezaban a rodear el lago. La mayoría se apresuró a correr hacia sus cabañas, desapareciendo dentro de ellas. A un lado de la rústica empalizada se reunieron varios individuos, corpulentos todos ellos, portando las largas pértigas que debían ser sus lanzas. Celebraron un breve conciliábulo. Luego, salieron de la empalizada, dirigiéndose a su encuentro.

-Cuidado -musitó Hortzst, temblándole todas las grasas-. Esos tipos pueden venir con malas intenciones.

Eran siete individuos, barbudos, desgreñados, portando todos sus lanzas en la mano. Iban vestidos con toscos taparrabos. Tan sólo uno de ellos, un gigante de casi dos metros de estatura y que debía pesar ciento cincuenta kilos, llevaba una especie de falda que le cubría hasta las rodillas. Indudablemente se trataba del jefe del poblado.

-Cuidado -volvió a advertir Hortzst, nervioso-. No debemos arriesgamos.

Los cinco expedicionarios se detuvieron. Los salvajes se encontraban ya a pocos metros de ellos y se detuvieron también. Durante unos

interminables momentos se miraron los dos grupos frente a frente, De pronto, Barly tuvo una idea. Bajó el rifle y llevó una mano a la pistolera. Saco su pistola. Y, con gesto ostentoso, se la mostró a los siete hombres.

Su reacción fue instantánea. Los siete salvajes pusieron cara de enorme pasmo. Tomaron sus lanzas y las arrojaron precipitadamente a un lado. Luego, se echaron de bruces en el suelo y empezaron a arrojar puñados de tierra al aire sobre sus cuerpos.

Los cinco hombres se miraron entre sí.

-Tal vez sea su modo de demostrar humildad y sumisión -observó Hortzst-. Sí, esto debe ser.

Barly volvió a guardar la pistola.

-Levantaos -les dijo con voz enérgica, en su idioma.

Los siete indígenas se apresuraron a ponerse en pie, con la cabeza baja, sin atreverse a mirar a los expedicionarios. Barly pensó que la situación no dejaba de tener un lado enormemente cómico. Miró a Grueber y éste le hizo un signo señalándole el poblado.

Los siete hombres se apresuraron a obedecer.

-Echaron a andar, mohínos, hacia el poblado, y los cinco expedicionarios les siguieron. Quaterman se dirigió a Grueber:

-No podemos fiamos demasiado; quién sabe si no llevarán intenciones ocultas bajo su aparente capa de humildad. Tal vez la opinión que les merezcan sus dioses sea muy personal.

-¿Qué es lo que haremos ahora? -intervino Robertson.

Grueber rumió:

-En realidad -reconoció-, no lo sé con exactitud. De momento, aceptar su hospitalidad. Luego, intentaremos hablarles de la pistola. Verla y conocer su historia. Después, ya veremos.

-¿Ver qué?

-No lo sé. Deberemos improvisar sobre el terreno. Cuando sepamos con certeza el origen de la pistola Y las causas de su presencia aquí, podremos regresar a nuestra época. Nuestra misión habrá terminado.

-Esperémoslo -deseó Robertson.

Llegaron al poblado. Los siete salvajes pasaron a través de la empalizada y se detuvieron en mitad de la plaza. El que parecía ser el jefe hizo un gesto a su alrededor y se tendió rápidamente en el suelo, imitado

inmediatamente por los demás. Los puñados de tierra volvieron a volar por los aires.

-Levantaos -ordenó de nuevo Barly.

Los otros se apresuraron a obedecer. El jefe, con la cabeza baja, se adelantó unos pasos.

-Nuestro pueblo ser vuestro, portadores del "*akra*".

Barly tradujo las palabras a los demás.

-¿"*Akra*"? -murmuró Grueber- Supongo que se referirá a la pistola.

-Es lo más probable. ¿Qué hacemos ahora?

-No lo sé. Dígales que queremos quedarnos unos días con ellos. Que nos preparen choza y comida. Y que nos sirvan y que no intenten nada contra nosotros -se apresuró a añadir Robertson-. Adviértales que somos muy poderosos. Y hágalo de modo que se lo crean.

Barly usó lo más selecto de su vocabulario del idioma de los nativos para hacer el discurso. El jefe pronunció varias veces un servil "sí". Luego, seguido de los demás, volvió a arrojarse al suelo y lanzar arena al aire. Barly tuvo que repetir su *levantaos*, por tercera vez.

El jefe dio un estentóreo grito, que Barly no supo identificar como ninguna palabra. Instantáneamente, de todas las chozas, empezaron a salir hombres y mujeres. A los pocos momentos se habían reunido en torno a los cinco hombres lo que parecía ser todo el pueblo. Un nuevo grito del jefe y todos se tendieron en el suelo. La tierra y la arena volaron por el aire en cantidades masivas.

-¡Basta! -gritó Barly, e instantáneamente todos se pusieron en pie. Se encaró con el jefe:

¿Es éste todo el pueblo?

El jefe hizo serviles gestos de asentimiento.

-¿Cuántos sois?

-Diez veces diez y cuatro veces uno -se apresuró a responder el hombre.

-Está bien. Indícanos dónde podemos alojarnos, y traednos algo para comer. Y que el pueblo siga con sus ocupaciones habituales.

* * *

Era la choza más grande de la aldea, la que probablemente se usaba para las reuniones de los jefes. Les fueron traídos trozos de carne en pequeñas

tablas de madera, y una pasta blancuzca, de aspecto no muy agradable, en cuencos de tosco barro cocido. Sin embargo, Hortzst lo probó y le encontró un sabor excelente. Un único defecto: le faltaba completamente la sal. Los del poblado no la conocían.

-Pudimos haberlo previsto -refunfuñó-, y traernos un poco de sal de nuestro tiempo. Hubiéramos podido comer más a gusto.

Recogió algunas muestras de la comida en frascos de vidrio, que selló herméticamente y lo guardó en su mochila para llevarlo a su vuelta y examinarlo a gusto. Desde el interior, y a través de la puerta sin batientes, podía verse la orilla del lago, donde algunos indígenas se afanaban sobre diversos utensilios, haciendo trabajos manuales: cuencos y cazuelas de barro, objetos de madera y piedra pulimentada... El poblado mostraba febril actividad.

-Una vida muy simple -dijo Grueber-, pero que no está exenta de cierto encanto y cierta belleza. Esto es vivir plenamente con la naturaleza.

En el exterior, alguien empezó a subir la escalera que conducía hasta la puerta de entrada. Instintivamente, todos requirieron sus armas.

Una figura apareció en el umbral, apresurándose a tenderse en el suelo.

-Vivir muchos años, portadores del "*akra*" -dijo humildemente.

Todos reconocieron instantáneamente aquella voz; Barly se puso en pie.

-¡Una!

La muchacha continuó en su posición, tendida en el suelo. Barly se acercó a ella y la obligó a levantarse.

-Ponte en pie. No debes tenernos miedo.

Ella obedeció, permaneciendo con la cabeza gacha y adoptando un aire de entera humildad. Barly la obligó a levantar la cabeza y mirarle a la cara.

-Creíamos que no te volveríamos a ver. ¿Por qué huiste en el bosque?

Ella hizo todo lo posible por bajar la cabeza.

-Vosotros ser todopoderosos -murmuró débilmente-. Yo humilde gusano. Vosotros ser portadores del "*akra*".

Barly sintió irrefrenables deseos de reír. ¡Vaya con la chiquilla! De todos modos, aquello confirmaba que podían estar tranquilos con respecto a

aquel punto. Los nativos los consideraban poco menos que dioses, no se atreverían a hacerles nada.

-¿Por qué estás aquí? -le preguntó- ¿A qué has venido?

-Yo ser designada para serviros. Yo conoceros. Yo serviros. Mandar todo lo que vosotros querer. Yo cumplir.

Barly comprendió. Los indígenas habían designado a la muchacha para que oficiara de sirviente de ellos, ya que había hablado, con ellos anteriormente y era la que los conocía mejor.

-Está bien -dijo-. Quédate aquí.

Ella asintió con la cabeza.

-Jefe tribu preparar gran fiesta para esta noche -dijo-, en vuestro honor. Él decir que yo comunicároslo a vosotros.

-¿Qué sucede? -inquirió, en aquel momento, Robertson que, al igual que los demás, no había entendido ni una palabra de la conversación- ¿Qué es lo que está diciendo?

Barly les tradujo las palabras y los demás fueron asintiendo con la cabeza. Cuando llegó a la última observación, Grueber arrugó la nariz.

-No creo que ninguno de nosotros tenga el ánimo muy propicio para una fiesta ahora -dijo-. Estamos cansados. Lo mejor será dejarlo para otro día.

-No lo creo -protestó Hortzst-. Hemos venido aquí en plan investigador y la asistencia a una fiesta típica prehistórica nos ayudará mucho a desentrañar sus costumbres. Además, si le decimos que no al jefe de la tribu, puede indisponerse con nosotros.

Robertson expresó su disconformidad con aquella idea con un tremendo bostezo.

-Protesto -dijo después-. Tenemos muchos días por delante para asistir a fiestas. No es muy agradable andar por la selva y todos estamos rendidos. ¿Por qué no lo dejamos para otro día? Le decimos al jefe que estamos cansados y en paz.

-Es lo mejor -dijo, Grueber-. Y de todos modos, la mayoría gana. Lo siento, Hortzst, pero ya tendrá, otras ocasiones para seguir investigando sobre los salvajes. Es casi de noche. Creo que lo mejor es descansar. ¿Está de acuerdo con esto, Barly?

El aludido asintió con la cabeza.

-¿Y usted, Quaterman?

-Sí.

-Entonces, no hay más que hablar. Comuníqueselo a Una, Barly, diciéndole que lo sentimos mucho y etcétera, etcétera. Que se lo diga así al jefe.

Barly transmitió el mensaje y la muchacha asintió rápidamente con la cabeza.

-Yo decir al jefe lo que querer vosotros -ratificó-. Yo servir.

Se apresuró a salir de la tienda. Quaterman se la quedó mirando hasta que su cabeza desapareció al nivel del suelo.

-Al menos, tenemos la garantía que se mostrarán pacíficos -dijo luego-. Parézcalo o no, nuestra pistola nos ha hecho mas servicio del que parecía.

Hortzst suspiró.

-Pero es una pena -murmuró para sí mismo-. Las fiestas de estos salvajes deben ser realmente encantadoras. Y podrían enseñarnos muchas cosas acerca de ellos.

-No se preocupe, Hortzst. Ya podrá contemplarlas en otra ocasión. Ahora tenemos cosas más importantes que hacer. Descansar, por ejemplo. No creo que los días que vamos a pasar aquí sean muy placenteros. Presiento que deberemos movernos mucho.

Una no tardó en volver a aparecer. Se dirigió hacia Barly, haciendo una inclinación de cabeza.

-Jefe estar de acuerdo con vuestros deseos -informó-. Él desearos que descansar mucho. Si querer algo, pedirlo a mí. Yo obedeceros.

Aguardó unos instantes, como si esperara respuesta. Al ver que Barly no decía nada, hizo una nueva inclinación de cabeza y, sin levantar ni un momento la vista, se dirigió hacia un rincón, donde se arrodilló, sentándose después sobre sus talones.

Hubo una pausa de silencio embarazoso. Barly miró a los demás, como esperando que éstos dijeran algo. Luego, cogió un cuenco de comida y se lo tendió a la muchacha con gesto amistoso.

-Come- le dijo. Ella permanecía con la, cabeza baja. Tomó el cuenco y, silenciosamente, se puso a comer, como si obedeciera una orden.

Barly decidió cortar de una vez aquel aire de servilismo, que no le hacía la menor gracia. Se dirigió hacia donde estaba la muchacha y se

arrodilló ante ella.

-Escucha, Una -le dijo en su lengua-. Nosotros no queremos que nuestros servidores permanezcan con la cabeza baja ni den muestras de servidumbre. Queremos que se comporten igual que nosotros, ¿comprendes? Nos gusta más. Pórtate como cuando estábamos en la selva y nos verás a todos contentos. ¿De acuerdo?

Ella fue levantando lentamente la cabeza, mirando a Barly de hito en hito. El hombre ensayó de nuevo el recurso de la sonrisa amistosa. Y ella también sonrió. Barly suspiró. ¡Bueno, lo había conseguido!

El resto de la comida, interrumpida por la muchacha, transcurrió en silencio. En el exterior el sol iba declinando rápidamente, Y no tardó en iniciarse el crepúsculo.

-Es absolutamente imposible hacer nada hoy -dijo Grueber-. Será mejor que nos retiremos a descansar ahora mismo, y lo dejemos todo para mañana.

-Será conveniente quizás, montar una guardia si nos quedamos aquí -dijo Quaterman.

Por muy seguros que estemos, no estará de más un poco de seguridad personal extra. ¿No les parece?

-De acuerdo -dijo Grueber-. ¿Quién establecerá el primer turno?

-Yo mismo -Barly requirió su fusil-. Por la noche me cuesta dormir, pero cuando me duermo no hay nadie que me haga levantar. ¿A quién debo llamar luego?

Un breve sorteo destinó a Hortzst para el segundo turno, Grueber para el tercero, Robertson como cuarto y Quaterman como quinto. Los cinco hombres apilaron sus mochilas Y equipos en un rincón, Y sacaron sus mantas termógenas.

-¿Y la muchacha? -indagó Robertson.

Fue la propia Una quien dio la respuesta. Hasta entonces, y después de terminar de comer, había ido siguiendo los movimientos de los cinco hombres en silencio y atentamente. Al comprender que iban a retirarse a descansar, se tendió en el suelo en un rincón y se hizo un ovillo, disponiéndose a dormir ella también.

-Problema resuelto -dijo Barly. Tomó una manta termógena, del equipo, se dirigió hacia donde estaba la muchacha y se la echó por encima.

Ella abrió los ojos y le sonrió.

-Portadores del "*akra*" ser buenos -dijo-. Muy buenos.

Barly se ruborizó,

* * *

El tiempo pasó lentamente. El oscurecer trajo consigo el cese de actividad de todo el poblado, y sus moradores se retiraron a sus chozas. La oscuridad cayó rápidamente sobre el lago, y con ella, empezó en toda la selva el reino de las fieras.

Eran multitud de gritos, gemidos y aullidos los que resonaban por todas partes. La luna no tardó en salir, difundiendo una vaga claridad lechosa que se reflejaba sobre las aguas. Al fondo tan sólo se divisaba la masa oscura e ignota de la selva, formando un todo uniforme de negrura. La pequeña playa, con su tosca empalizada, era lo único que podía distinguirse confusamente. Y las chozas, recortándose en negro a su alrededor por sobre la tenue claridad azul oscuro del cielo.

Barly se sentó junto a la puerta, apoyando la espalda en el tronco que formaba el quicio y colocándose el fusil entre las piernas. Era un extraño silencio el que se extendía a su alrededor, con mezclas de sonidos distantes que no bastaban para turbarlo. Producía una extraña sensación de paz, de quietud. Reflejaba más que nada el desconocido enigma que se abría en aquel mundo que no era más que su propio mundo, perdido en los albores de los tiempos.

-Yo Una. Tú Barly.

Giró la cabeza, asustado. La muchacha se había deslizado silenciosamente hacia él, y se encontraba, a su lado, mirándole fijamente. La manta termógena se encontraba en el suelo a su lado. Barly se levantó, la cogió y se la echó a Una sobre los desnudos hombros.

-Debes dormir -le dijo.

-¿Tú no dormir? -preguntó ella, con cierto aire de curiosidad en la voz.

Barly tuvo que pensar una respuesta convincente.

-No -dijo al fin-. Debemos velar el "*akra*". Somos sus servidores.

Ella sonrió.

-Ser servidores. Pero ser poderosos.

Barly volvió a sentarse, y sus ojos se perdieron en la distante masa

oscura de la selva. Pensó que aquél era el momento más apropiado para iniciar el tema que les interesaba.

-¿Dónde está vuestro templo del "*akra*"? -preguntó.

En la oscuridad vio el destello de los ojos de Una.

-No poder decir -se apresuró a contestar ella-. Ser secreto. Un gran secreto.

-Vamos, vamos. Recuerda que nosotros somos los portadores del "*akra*".

Ella vaciló.

-Entonces, debéis saber ya dónde estar su templo. ¿Por qué preguntar?

Barly comprendió que acababa de cometer un patinazo. Intentó arreglarlo.

-Lo sabemos, es cierto. Pero necesitamos una prueba de fidelidad en los que son nuestros servidores. Por esto te lo pregunto. Debes decírnoslo.

Ella vaciló aún unos instantes.

-En la montaña -dijo al fin-. En la cueva redonda.

Barly pensó que algo habían adelantado. Ahora sabía dónde se encontraba la pistola.

-¿Cómo llegó el "*akra*" hasta vosotros? Ella vaciló otra vez.

-No saber con exactitud -dijo-. Nadie saber con exactitud. Ser hace muchas, muchas lunas. En tiempo del padre de mi padre. Traerlo un portador, y los cielos anunciaron su presencia. El rayo mágico del "*akra*" hablar al cielo, quemar troncos de árboles del bosque y hacer hervir agua del lago. Luego el portador irse, pero dejar "*akra*" para nosotros adorarlo y él protegernos. Desde entonces, la prosperidad reinar en nuestro poblado. El "*akra*" ser gran dios para nosotros.

Barly tuvo tentaciones de decide que el "*akra*" era sólo un mito, y que era algo tan natural como las lanzas de punta de sílex que ellos empleaban para la caza. Pero supo contenerse a tiempo. Ella no lo entendería. Y, además, debían mantener su prestigio. Al menos por el momento.

-¿No sabéis nada más de él?

-No. Nada más.

Suspiró. No era mucho.

-Está bien -dijo-. Vete a dormir. Debes descansar.

-Gustarme más estar aquí, contigo, a tu lado.

Barly volvió vivamente la cabeza. Ella le sonreía cautivadoramente. Sintió deseos de inclinarse sobre aquella boca y depositar un beso en aquella sonrisa. Pero recordó que los separaban muchos miles de años, y aquello le contuvo.

-Anda -le dijo-. Debes irte a dormir. Vete.

CAPÍTULO V

Los mamuts

El sol brillaba esplendorosamente fuera de la cabaña. En el exterior, los nativos habían empezado su diario trajín. Grupos de hombres armados se reunían en diversos puntos de la empalizada, preparándose para sus expediciones de caza. Grupos mixtos de hombres y mujeres se reunían en otros puntos, llevando en las manos algo semejante a sacos confeccionados con lianas. Sin duda, su misión era la de buscar frutas y leña para el fuego.

Barly observó que si bien muchas mujeres iban vestidas con pieles como la que llevaba Una, otras solamente se cubrían con una simple falda de piel. Volviéndose hacia Una, le preguntó la razón de aquella diferencia.

¡Oh! Ellas ser *unara* -dijo la muchacha.

Barly no conocía el significado de aquella palabra.

-¿Qué es *unara*? -preguntó.

La muchacha vaciló antes de contestar, enrojeciendo levemente.

-Pues... ser... hombre y mujer... juntos...

Barly estuvo a punto de estallar en una carcajada. De modo que así distinguían los salvajes la mujer casada de la soltera, se dijo. Era un buen sistema. Así no había el peligro de cortejar a una muchacha que tuviera ya su hombre al lado.

Miró a Una, con el rabillo del ojo, y le satisfizo el haber podido saber que no era de ningún hombre.

Los otros expedicionarios se habían reunido con Barly a la entrada, observando también el movimiento de la tribu. Barly les había relatado su conversación nocturna con Una, lo cual les ponía ya en antecedentes de todo lo que podían saber, con respecto a la pistola, de boca de los salvajes.

-Sólo podemos hacer una cosa, en este caso -había dicho Grueber-. Ir hasta la gruta redonda y examinar personalmente la pistola, analizando su antigüedad.

-¿Cree que los nativos nos dejarán acercarnos a ella demasiado? -objetó Quaterman.

-¿Y por qué no? ¿No somos nosotros enviados del propio dios "*akra*"? No creo que nos pongan ningún inconveniente. Barly, indíquele al jefe de la tribu que deseamos ir hasta el templo de su dios. ¿De acuerdo?

Barly pasó a la muchacha el mensaje que deseaban ver al jefe de la

tribu, y Una se apresuró a cumplir lo ordenado. Barly contempló cómo descendía graciosamente la escala de madera que conducía hasta el pasillo de comunicación y pensó en el aspecto que presentaría Hortzst en su misma situación. Se dijo que no muy airoso, seguramente.

El gigante de los dos metros y los ciento cincuenta kilos no tardó en aparecer en la tienda, junto con la muchacha. Barly volvió a largarle un discurso, usando lo más escogido de todo su saber lingüístico, indicándole que deseaban visitar el templo de "*akra*" en a cueva redonda. Como no había tierra para lanzar al aire en el suelo de la cabaña, seguramente por eso no se lanzó el hombre al suelo en señal de acatamiento, limitándose a inclinarse profundamente sin levantar la vista.

-Yo cumplir órdenes -dijo humildemente. Vosotros mandar, portadores del "*akra*".

Barly decidió aprovechar la ocasión.

-Necesitaremos guías -dijo-. ¿Puedes darnos cuatro hombres para que nos acompañen?

-Vosotros mandar, portadores del "*akra*". Yo cumplir todos vuestros deseos.

-Está bien. Puedes retirarte. Tenlo todo preparado para dentro de poco.

-El tiempo que tardar el sol en alejarse de la copa de los árboles, portadores del "*akra*". Yo cumplir vuestras órdenes.

Se retiró, sin levantar la vista ni la cabeza.

Barly tradujo la conversación a los demás.

Robertson suspiró satisfecho.

-Veo que estaba equivocado -dijo- cuando afirmé que la prehistoria era una época peligrosa. Así da gusto hacer expediciones por el tiempo. Si en todas partes fuéramos recibidos de esta manera...

* * *

Eran cuatro corpulentos salvajes, de hirsutas barbas y enmarañados cabellos, los que se pusieron respetuosamente a sus órdenes. Los cinco expedicionarios cogieron sus bártulos y, guiados por los otros, se pusieron en camino hacia la ladera de la montaña.

La cueva redonda de los salvajes distaría unos tres kilómetros del límite del poblado, y se llegaba a ella por un inaccesible camino, más propio

de cabras que de hombres.

Pronto Hortzst empezó a resoplar, y los demás no tardaron en imitarle. La subida de la montaña era empinada y en algunos tramos era preciso ir con extremo cuidado si no querían despeñarse.

-¿Por qué diablos se les ocurrió construir su endemoniada cueva aquí? -rezongó Robertson.

Nadie le respondió, los demás tenían bastante trabajo con su ascensión. Los cuatro salvajes y Una subían por la ladera como gamos, y los demás les envidiaban. El equipo y las mochilas les estorbaban bastante, pero no podían abandonarlos. Tuvieron que seguir subiendo, poniendo toda su atención en la escalada y sin preocuparse de nada más.

Así, llegaron a la cueva después de un par de horas de difícil marcha. Se encontraban ante una explanada natural de unos diez metros de largo por cuatro de ancho, constituida por un solo bloque de enorme roca. Allí, en la ladera, se abría un agujero redondo, de unos dos metros de diámetro, situado a una altura de unos cuarenta centímetros sobre la base de la explanada. Los cuatro guías se tendieron ante la entrada, gritando cosas incomprensibles. Una también iba ha hacer lo mismo, pero antes miró a Barly, y éste le dijo suavemente que no con la cabeza. Permaneció tras los cuatro hombres, con la cabeza gacha, como si musitara alguna oración.

-Vamos -dijo Grueber.

Penetraron en la cueva. Esta se abría unos diez metros dentro del monte, y en su fondo se ensanchaba, formando como una especie de bolsa ovoidal. Y allí se encontraba el altar. A ambos lados, unas antorchas de resina encendidas y, en el suelo, más antorchas dispuestas para cuando se terminaran las que ardían. La luz vacilante de las llamas permitía ver un altar cónico de tosca piedra tallada, de poca altura, y sobre él un objeto que no se podía distinguir claramente desde allí. Ante el altar había un hombre arrojado de bruces en el suelo.

Barly llamó a la muchacha con un gesto y le señaló el hombre.

-¿Quién es? -interrogó.

-Nuestro gran sacerdote -respondió ella-. El cuidador del “*akra*” y del fuego del altar, y orar por todos nosotros al dios.

Barly asintió y tradujo la explicación a los demás. Grueber hizo una seña a Barly.

-Dígale a Una que le ordene al sacerdote marcharse unos momentos de aquí. Necesitamos estar a solas con el “*akra*”.

Barly tradujo la indicación y Una llamó al otro hombre. Sostuvieron una brevísima conversación. El sacerdote miró por el rabillo del ojo a los cinco hombres, se tendió en el suelo, pronunció unas rápidas palabras, que nadie entendió, y se fue precipitadamente.

Los cinco hombres quedaron solos en el interior de la cueva.

Se acercaron al altar. Sí, allí estaba la pistola. La hornacina del altar tenía una depresión, hecha seguramente por manos humanas, en la que encajaba la parte inferior del arma, de modo que ésta quedaba como ligeramente engastada en la piedra. Los cinco hombres se inclinaron sobre ella.

-Es idéntica a las nuestras -dijo Grueber.

Exactamente idéntica.

-Lo cual -murmuró Hortzst- rechaza la teoría de que pueda haber sido dejada aquí por seres extraterrestres.

Barly extrajo su arma y la depositó en el altar, junto a la otra. Todos las compararon con los ojos. Eran idénticas hasta en sus menores detalles. El mismo modelo.

Barly volvió a retirar su arma.

-Sólo cabe una explicación -dijo-. Alguien vino del futuro y la perdió o la dejó olvidada aquí. Los salvajes la recogieron y la adoraron como un dios. Sólo así se explica su presencia.

-Pero tuvo que tratarse de alguien de nuestra época. Tan sólo hace unos pocos años que se construye este modelo de pistola, y quizás dentro de otros pocos años se haya relegado ya al olvido.

Grueber se volvió hacia Robertson:

-La única esfera del tiempo que existe en la actualidad es la suya, Robertson. ¿Ha conducido a alguien hasta esta época?

-No. Nunca me había aventurado a distancias tan grandes.

-Pero esto no quiere decir que posteriormente lo haga -objetó Quaterman-. A lo mejor dentro de unos meses alguien le solicita venir a esta época y usted acepta. Y entonces...

Robertson movió negativamente la cabeza.

-El tiempo es una cosa muy delicada, señores. Naturalmente, acepto

que si hubiera traído a alguien a esta época, habría podido originar lo que tenemos ahora delante nuestro. Pero en un futuro, no.

-¿Por qué?

-Por una causa muy sencilla. Yo sé ahora que esta pistola ha venido del futuro. ¿Ustedes me creen tan tonto como para aceptar posteriormente cualquier viaje a esta época, sabiendo que ello podría originar todo o que estamos viviendo? No, no es posible. Esta pistola ha de proceder de un tiempo anterior al nuestro. O posterior, siempre que yo no haya tenido nada que ver en ello.

-¿Existe la posibilidad que alguien hubiera realizado el viaje sin su conocimiento?

-Absolutamente ninguno. Sólo alguien autorizado por mí podría penetrar en la esfera, y yo no he autorizado nunca a nadie. Todos los viajes los he realizado personalmente.

-¿Entonces?

Robertson se encogió de hombros.

-Creo que la presencia de esta pistola aquí continuará sumida en el misterio. No veo que podamos hacer nada.

Grueber movió negativamente la cabeza.

-No acepto esto -dijo-. Hemos venido aquí precisamente para desentrañar este misterio y no podemos abandonar sin haberlo descifrado.

-Un momento -interrumpió Barly-. Creo que estamos hablando inútilmente. Tenemos nosotros un modo muy sencillo de descubrir la procedencia de esta pistola, sin necesidad de trazar hipótesis aventuradas.

-¿Cuál?

-Sencillamente, su número de control. Cada pistola lleva su número grabado en la cara interior de la protección del depósito de energía. Bastará con que tomemos nota de él, regresemos a nuestra época y allí consultemos el registro oficial. Así conoceremos a su dueño. Y conociendo a su dueño, tendremos el camino expedito para conocer todo lo demás.

Grueber asintió con la cabeza.

-Es una buena idea.

Avanzó sin dilación hacia el altar, adelantó una mano para tomar la pistola.

En aquel momento alguien entró precipitadamente en la cueva.

Grueber retiró rápidamente la mano, y los cinco hombres se volvieron en redondo. El jefe de la aldea, excitado, se encontraba frente a ellos. Se arrojó al suelo precipitadamente, volvió a levantarse, y prorrumpió en un rapidísimo discurso del que Barly solamente entendió unas pocas palabras inconexas. Cuando terminó su torrente verbal, volvió a arrojarse al suelo, como si quisiera demostrar más que nunca su sumisión a los expedicionarios.

-¿Qué es lo que ha dicho? -inquirió Grueber.

Barly movió dubitativamente la cabeza.

-No lo entiendo muy bien. Sólo sé que pide nuestra ayuda para algo.

Se dirigió hacia la entrada y llamó:

-¡Una!

La muchacha acudió rápidamente. Barly le señaló al jefe de la tribu, que aún permanecía en el suelo, dejando escapar en voz baja palabras inteligibles.

-Pregúntale qué es lo que sucede y dímelo luego. Su hablar es demasiado precipitado para nuestros oídos.

La muchacha dijo que sí con la cabeza, e interpeló al jefe en su lengua. Éste se semilevantó, quedando arrodillado y repitió su discurso. Luego, volvió a echarse al suelo. La muchacha se volvió hacia Barly.

-Decir que una manada de *nus* avanzar hacia el poblado y que destruirlo si vosotros no ayudarnos. Cazadores haberlos divisado a la entrada del valle, y decir que venir hacia el lago. El pedir que con vuestro todopoderoso dios ayudarnos a salvar la aldea.

Barly tradujo las palabras de la muchacha a los demás, indicándoles que no conocía la clase de animal que era un *nus*, y que no creía que la muchacha pudiera explicarles su forma de modo que pudieran identificarlo. De pronto, tuvo una idea. Se volvió hacia ella e interrogó:

-¿Hay alguien que sepa dibujarnos cómo es un *nus*? Es preciso que conozcamos su imagen para poder combatirlo. .

La muchacha se volvió hacia el jefe de la tribu y le dijo unas palabras. El hombre se levantó de un salto y se señaló varias veces a sí mismo:

-Yo... yo... yo...

Tomó rápidamente un tizón de una antorcha quemada y se dirigió hacia la pared, en la que empezó a trazar precipitadamente algunos rasgos. Cuando terminó, se apartó y señaló repetidas veces el dibujo que acababa de

hacer.

-*Nus... nus... nus...* -dijo, señalándolo repetidamente.

El dibujo no era una obra de arte, no era ni un dibujo siquiera, pero bastaba para identificar al animal. Los rasgos que indicaban la existencia de una larga prominencia nasal, los retorcidos colmillos, las gruesas patas y el lanudo pelo que lo cubría bastaban para alejar todas las dudas.

-Un mamut -murmuró Hortzst, asombrado-. Nada menos que un mamut.

Los cinco hombres se miraron entre sí. Una manada de mamuts. ¡Diablos, la cosa no era para tomarla a risa, precisamente!

-¿Qué hacemos? -inquirió Barly, mirando a los demás.

Todas las miradas convergieron en Grueber.

El hombre se frotó pensativamente la mandíbula.

-No podemos negarnos -dijo al fin-. Aunque no nos lo hubieran pedido, se trata de una obligación de conciencia. No podemos cruzarnos de brazos cuando toda la tribu se encuentra en trance de ver sus hogares destruidos, y quizás muchos de ellos mismos muertos. Hizo una pausa y luego preguntó-:

¿De cuántos animales se compondrá la manada?

La pregunta recorrió el camino Grueber-Barly-Una-jefe de la tribu, y la respuesta hizo inverso camino. Barly la tradujo en lenguaje normal: una veintena.

-¿A qué distancia?

La respuesta tardó un par de minutos en llegar a su origen: al otro lado de la selva, en la entrada del valle.

-Una distancia muy relativa -objetó Grueber-. Tanto pueden ser dos kilómetros como cinco.

El jefe les hacía señas perentorias que salieran de la cueva. Grueber dudó unos momentos, mirando la pistola del altar. Por unos momentos pareció que iba a cogerla y llevársela. Pero, al fin, no lo hizo. Tendrían tiempo más tarde; pensó. De momento había cosas más importantes que hacer.

Salieron de la cueva y se detuvieron en la explanada de roca. Allí, los cuatro guías y el sacerdote contemplaban atentamente algo que se veía a lo lejos. El jefe los llevó hasta el borde de la explanada y se lo enseñó.

Desde la montaña se dominaba todo el valle. A lo lejos, en la entrada

natural que formaban la montaña y una colina, se divisaba algo que se movía. Los cinco hombres aguzaron la vista y pudieron apreciar que se trataba de un grupo de animales.

-¿Los mamuts? -inquirió Hortzst.

Grueber sacó sus prismáticos de largo alcance y los enfocó hacia aquel punto. Durante unos momentos contempló la manada. Luego, pasó los prismáticos al que tenía a su lado.

-Sí -dijo-. Son los mamuts. He podido contar diecisiete, entre los adultos y las crías. Aunque quizás haya otros apartados del grupo.

La manada marchaba a paso lento y la alzada de los animales hacía su paso más pesado aún de lo que era en realidad. Pero no se detenían. Su objetivo era claramente perceptible: el lago donde se encontraba el poblado. Indudablemente, los animales iban a beber y a bañarse. Y el río era demasiado estrecho para sus propósitos.

-No sé si los mamuts tendrán hábitos diferentes -dijo Quaterman-, pero los elefantes en el agua realizan verdaderas diabluras. Y el poblado se encuentra muy cerca de la embocadura del río, por donde, sin lugar a dudas, aparecerán.

Los cinco hombres contemplaron cómo los animales, que seguían el curso del río en dirección al lago, arrancaban los árboles que les obstaculizaban el paso y pensaron en las frágiles construcciones de la aldea. Sí, no podían negarles su ayuda. Era un deber de conciencia.

-Dígales que les ayudaremos, Barly -indicó Grueber-. Vamos a descender ahora mismo.

Barly tradujo las palabras al jefe, y éste volvió a arrojarse al suelo en señal de gratitud. Grueber hizo una seña indicando que no podían perder tiempo. Los cinco hombres tomaron sus fusiles y, seguidos y precedidos por los guías, Una y el jefe, empezaron el descenso de la montaña en dirección al pueblo.

CAPíTULO VI

La tragedia

El poblado presentaba un aspecto de máxima excitación. Las gentes iban incesantemente de un lado para otro, con gestos aterrorizados en el rostro. Los cazadores habían esparcido la noticia y todos se preparaban para abandonar la condenada aldea, llevándose consigo todas sus cosas más queridas.

Durante el descenso de la montaña, Una les había explicado brevemente que las manadas de mamuts, muy escasas en aquellas latitudes, no se acercaban casi nunca por aquellos lugares, pero que una vez que lo hicieron destruyeron todo el poblado, matando a mucha gente y reduciendo los habitantes del pueblo a una quinta parte. Los mamuts eran poco numerosos, se trataba de una especie casi extinguida, pero para los salvajes constituían, junto con el fuego, el mayor peligro al que podían enfrentarse. Su gruesa piel los hacía inmunes a casi toda clase de lanzas y flechas, por lo que eran prácticamente imbatibles. No había nada que hacer contra ellos.

-Nuestros fusiles tampoco son lo suficientemente potentes -hizo notar Quaterman- para causarles daños considerables en el cuerpo. Sus rayos de energía lo único que les causarán será grandes heridas, pero no los matarán. Para lograrlo es preciso que les acertemos en la cabeza o en algún otro punto vital. Creo que lo mejor es dispararles primero a las patas, a fin de inmovilizarlos lo máximo posible y luego rematarlos disparándoles a la cabeza. No veo ninguna otra solución factible.

-¿No podríamos asustarlos de algún otro modo? -interrogó Robertson-. Quizás lográsemos hacerlo sin tener que matarlos.

-No lo creo -cortó Quaterman-. Si comparamos los mamuts con los elefantes, sabremos que si bien dentro de sí mismos son pacíficos, cuando se enfurecen son verdaderamente terribles.

-¿Y si interpusiéramos a su paso una, barrera de fuego?

-La que podemos producir es demasiado pequeña para ellos, la saltarían con facilidad. Además, el lago es demasiado grande para rodearlo totalmente, y siempre encontrarían un lugar por donde entrar.

-Tal vez si los dejáramos tranquilos bebiendo en el lago se fueran sin causar demasiado daño.

-No lo creo. Estos animales aman los baños y más esta especie

acostumbrada a vivir en climas fríos. Su ambiente es el hielo y aquí deben sentir un calor espantoso. Agradecerán un baño y no creo que tengan mucha prisa en irse.

-Entonces, no nos queda más remedio que plantarles cara.

-Sí. Confío en que si matamos a algunos de ellos, los demás huyan por donde han venido. Pero de todos modos debemos arriesgarnos. No sólo es ya para proseguir con la misión que nos ha traído aquí, sino por pura humanidad. No podemos dejar abandonados a los salvajes en este trance. Son hombres coma nosotras; debemos ayudarles.

* * *

Montaron su línea de defensa a la orilla del lago, frente a la embocadura del río, de modo que tuvieran oportunidad de retirarse lateralmente al refugio de la selva si eran atacados directamente par la manada. Eran sólo cinco hombres contra diecisiete bestias, que podían aplastarles con tan sólo una de sus patas coma si fueran hormigas. Pero tenían a su favor sus armas, y su inteligencia de hombres. La lucha estaba equilibrada.

Grueber indicó que era preferible que los salvajes se refugiaran en la selva, mientras ellos hacían frente a la manada. Barly tradujo la orden, y el jefe la aceptó de inmediato. Pero decidió que lo más selecto de sus cazadores se colocaran junto a los expedicionarios para ayudarles en lo que pudieran.

-Es una tontería -objetó Grueber-. Y será inútil. No pueden ayudarnos en nada, lo único que pueden hacer es estorbarnos.

-Pero no podemos rechazar su presencia -objetó Quaterman-. Ellos también tienen su orgullo.

-Está bien entonces. Que se queden, pero que formen una línea tras nosotros. Y que a nuestra menor indicación se replieguen rápidamente hacia la selva. ¿De acuerdo?

Se prepararon. Montaron una especie de parapeto a base de troncos de árboles, más cómodo que efectivo, tras el cual se instalaran, arrodillados, los cinco hombres. Grueber preparó dos proyectores de energía junto al parapeto, entrecruzados, aunque estaba seguro que ni el parapeto ni la barrera energética frenarían la marcha de los gigantescos animales si embestían hacia allá. Quaterman distribuyó los blancos en sectores, a fin de que no se malgastaran varios disparos en un mismo animal. Luego aguardaron la llegada de las

bestias.

El jefe llegó pronto, al frente de una partida de unos quince hombres, todos ellos musculosos y de férrea complexión. Los señaló.

-Mis guerreros cazadores -dijo.

Y mostrando a uno de ellos, que ostentaba un taparrabos de piel fina y un insufrible aire de orgullo, añadió:

-Y mi hijo, jefe de cazadores. El más valiente de todos ellos.

Barly les dio instrucciones de que se colocaran tras ellos, indicándoles claramente que, a su menor insinuación, se retiraran rápidamente bajo los árboles. Les ordenó que no dispararan ninguna flecha ni lanzaran ninguna lanza a menos que ellos se lo ordenaran. Con ello, les advirtió a fin de garantizarse su completa obediencia, podían perjudicar los conjuros del dios "*akra*", inutilizando su poder. Los quince hombres inclinaron respetuosamente la cabeza, en señal de asentimiento.

Los minutos fueron transcurriendo. Todos los habitantes del poblado se habían retirado a la selva y las casas, frías y desiertas, permanecían sobre el agua como inmensos postes clavados verticalmente en el lago. De la selva aparecieron dos cazadores, corriendo a la máxima velocidad de sus piernas. Se acercaron, gritando y gesticulando. Barly sólo pudo entender parte de lo que decían. Pero no necesitó más para comprender que eran los que habían ido siguiendo de cerca el avance de la manada, y que indicaban que se encontraba ya a muy poca distancia. Se volvió hacia los demás.

-Preparémonos -les advirtió-. Se están acercando.

En la provisional protección de troncos de árbol habían hecho apresuradamente una especie de troneras, en las que poder apoyar los rifles para afinar la puntería. Se tendieron en el suelo y aguardaron, con los ojos fijos en la mira de larga distancia de sus rifles.

Barly sintió de pronto la presencia de alguien a su espalda, que lo miraba fijamente. Volvió la cabeza y vio a Una, arrodillada tras él, contemplándole.

-¿Qué haces aquí? -le increpó en su lengua-. Este no es sitio para las mujeres. Tu deber es estar con el resto de la tribu, en la selva.

-Yo ser servidora de portadores del "*akra*" -respondió ella suavemente-. Yo estar a vuestro lado. Yo no mover.

Barly maldijo por lo bajo algunas palabras indescifrables. Suspiró. ¡Al

diablo con las mujeres! Si quería quedarse allí, allá ella. Los demás parecían no hacer caso de su presencia, ni los cazadores ni el jefe. ¿Por qué iba a hacérsela él?

-Está bien -respondió de mala gana-. Quédate si éste es tu gusto.

En aquel momento, un súbito y cercano trompeteo requirió su atención. A sus espaldas, los cazadores se removieron, como la fiera presintiendo su presa. Aunque esta vez era al revés, Barly cogió con fuerza su rifle.

Un hombre apareció corriendo de la espesura cercana al río, gritando y gesticulando. Era el último cazador que había ido siguiendo la manada, y que avisaba de su inminente proximidad, aunque no era necesario su aviso. Los trompeteos se oían claramente frente a ellos. La manada se encontraba ya en escena.

Y la manada apareció.

Apareció, como habían supuesto, frente a ellos, siguiendo el cauce del río. Primero fue un animal, probablemente el guía. Luego, lentamente, pesadamente, fueron apareciendo los demás.

Los cinco hombres los observaron con atención. Era la primera vez que podían ver un mamut vivo. Hortzst se apresuró a tomar una serie de fotografías, sin dejar el rifle en ningún momento.

Verdaderamente era un espectáculo altamente impresionante. A primera vista podrían confundirse con elefantes, pero enseguida empezaban a apreciarse las diferencias. Primero, el tamaño, casi el doble que el de un elefante normal. Luego, el pelaje, marrón oscuro, abundante y formando mechones como los de los búfalos. Luego, sus colmillos, que daban casi una vuelta entera desde su nacimiento hasta su punta, a ambos lados de su gruesa y larga trompa, que se agitaba incesantemente en el aire, lanzando agudos trompeteos.

Los animales empezaron a salir de la espesura, quebrando a su paso los árboles de la orilla. El que parecía ser su guía no tardó en divisar el lago. Agitó la trompa en el aire, lanzando un horrísono ruido como señal de aviso. Luego, se lanzó hacia la orilla del lago con un trote pesado, hacia el lugar donde terminaba la empalizada del poblado. Sus enormes patas quebraron las estacas extremas como si fueran mondadientes, sin que su aguzada punta le hiciera el menor daño.

-¡Ahora! -grito Quaterman.

El más importante, por el momento, era el guía de la manada. Por eso, los cinco hombres apuntaron hacia él. Hortzst, Grueber, Robertson y Barly a las patas. Quaterman, cuya puntería era más certera, a la cabeza. Los cinco hombres dispararon casi a un tiempo.

Fueron cinco rayas de blanca y brillante luz saliendo de los cañones de sus fusiles y yendo a incidir sobre el animal. Hortzst falló su tiro, levantando una nube de arena desintegrada a los pies del animal. Robertson dio en su cuerpo, justo encima del anca. Barly y Grueber acertaron en sus disparos, el primero en la rodilla de la pata anterior y el segundo en el muslo. Y Quaterman hizo honor a su nombre, dándole en el centro mismo de su pequeño ojo.

Los efectos fueron instantáneos. El animal pareció quedar clavado en el suelo, al tiempo que se doblaba bruscamente por sus patas delanteras. Levantó al aire su trompa, que dejó oír un agudo y penetrante trompeteo. Y, como fulminado por un rayo, cayó al suelo de costado, levantando al aire sus patas, en la que la anterior derecha presentaba el aspecto de un negro muñón, colgando.

Un griterío ensordecedor surgió de las gargantas de los salvajes que contemplaban la escena tras de los expedicionarios, un griterío que expresaba a la vez excitación y triunfo. Los animales, ante ellos, parecieron desconcertarse y perder el control sobre sus movimientos. Ante la súbita caída de su jefe, se detuvieron sin saber qué hacer ni qué dirección seguir, dando vueltas sobre sí mismos y golpeando los unos contra los otros. Sus. trompas dejaron escapar sus quejidos al aire, llamándose los unos a los otros.

-¡Éste es el momento! -gritó Quaterman, encarándose nuevamente el rifle a la cara-. ¡No les dejemos reponerse!

Los cinco hombres volvieron a disparar, esta vez en sucesión ininterrumpida. Quaterman, ateniéndose a su mayor experiencia como cazador, y a su certera puntería, se había reservado para sí el área de espacio comprendida dentro de la empalizada, a fin que ningún animal pudiera llegar hasta las casas de la aldea. Los demás se repartieron el espacio restante. Y empezó el fuego.

Fue un verdadero espectáculo. Conscientes de las indicaciones repartidas, todos dirigieron sus disparos a las patas a fin de inmovilizar a los

animales e impedirles que les atacaran directamente. Y los efectos empezaron a hacerse notar con un resultado magnífico. Los mamuts, aún no repuestos de la sorpresa, se movían torpemente, sin saber qué hacer ni hacia dónde dirigirse. Entre tantas patas era difícil errar, por lo que cada disparo daba prácticamente en el blanco. Aunque el impacto de energía no era suficiente para herir gravemente al animal, sí bastaba para imposibilitarle de usar su pata herida con toda su eficacia. Pronto las animales empezaron a tambalearse, a arrodillarse, a caer... y aquí se presentó el principal obstáculo que apareció ante los improvisados cazadores. La mole de aquellos animales era inmensa. Y los que caían al suelo formaban una verdadera barrera que les impedía ver a las demás que estaban tras ellos. Estos iniciaran una desbandada, ante el fuego mortal que se abría hacia ellos. Algunos lo hicieran a través de la orilla, buscando de nueva la selva. Pero otros se metieron en el lago, como si quisieran hallar en él la salvación.

-¡Cuidado! -advirtió Robertson, al darse cuenta del movimiento-. ¡Por allí!

Quaterman se puso en pie de un salto. Aunque los propios animales que él había abatido impedían que los demás pudieran destruir directamente las casas flotantes del pablado, sí podían hacerlo en su aturdimiento una vez dentro del lago. Enarboló su fusil y salió fuera del débil parapeto.

-¡Yo me encargaré de ellos! -gritó- ¡Grueber, venga conmigo! ¡Los demás, sigan disparando por este lado!

Los dos hombres empezaron a correr hacia la orilla del lago, buscando una situación propicia para disparar. Se detuvieron al borde mismo del agua, donde pusieron rodilla en tierra, apuntando cuidadosamente y empezando el fuego. Ahora sólo cabía ya hacerlo a la cabeza, pues las patas quedaban bajo el agua y un disparo al cuerpo lo único que haría sería enfurecerlos, sin causarles ningún daño apreciable. Los dos hombres fueron disparando sin cesar, y tuvieron la satisfacción de ver cómo un par de animales caían fulminados, hundiéndose pesadamente en el agua.

Mientras, Hortzst, Robertson y Barly seguían en el parapeto, disparando por encima de la muralla de carne que se levantaba ante ellos. Parecía que de momento su objetivo había sido conseguido y que el poblado quedaría a salvo. Los demás animales empezaban a retirarse de nuevo hacia la selva, con lo que la batalla presentaba el aspecto de ir a terminar muy pronto.

Pera en aquel mismo momento cambiaron las tornas. Y se inició la tragedia.

Algunos de los animales, aterrorizados por los disparos y la caída de sus compañeros, habían vuelto sin rumbo fijo a la selva, y dos de ellos aparecieran por delante de la muralla de sus compañeros, muertos y heridos, con las trompas al aire y gestos aterrorizados en sus caras. Aparecieron muy cerca del lugar donde se encontraban los tres expedicionarios y los cazadores. Y se lanzaran, en su ceguera, a la carrera hacia ellos.

Los tres hombres, como movidos por un mismo resorte, se pusieran de un salto en pie. Barly comprendió instantáneamente que no había tiempo material de detener la carrera de aquellas moles de carne que se les venían encima. Gritó:

-¡Atrás, a la selva!

Quaterman había dispuesto previsoramente el parapeto en forma, perpendicular a la primera línea de árboles, de modo que pudieran retroceder hacia un lado mientras los posibles animales atacantes seguían en su ciega carrera hacia adelante. Los tres hombres se lanzaron hacia la selva. Y algunos de los cazadores también.

Algunos solamente. Otros, una media docena, quedaron allá, tras el parapeto, contemplando cómo la mole de los dos animales se les venía encima y sin acertar a reaccionar. Nadie supo nunca si fue el miedo o la esperanza de fulminarlos con sus lanzas lo que les hizo quedarse allí, aguardando a pie firme la acometida, con sus lanzas al aire. Pero cuando Barly quiso darse cuenta, era ya demasiado tarde. Los dos animales se encontraban prácticamente sobre los seis hombres. Levantó el fusil y disparó una carga al azar, pero era inútil. Los dos animales arrasaron el parapeto, pisoteando todo lo que tenían ante sí, y sin que los proyectores de energía detuvieran en lo más mínimo su carrera. Los seis hombres vieron cómo las enormes patas se cernían sobre ellos. Uno pudo salvarse corriendo hacia la playa, y otro tuvo la suerte que ninguna de las patas le alcanzara. Pero los restantes no tuvieron la misma fortuna. Tres de ellos fueron aplastados por los pesados pies de las bestias. Y el cuarto fue cogido por el movimiento de adelantar uno de los mamuts su pie en la carrera. Fue como si hubiera sido lanzado por una catapulta. Salió disparado hacia adelante, como un muñeco desmadejado, hasta caer en la arena, unos cincuenta metros más hacia adelante. Allí, una de

las patas de los dos animales le cogió de lleno, aplastándolo y convirtiendo su cuerpo en una informe pulpa sanguinolenta, que tiñó de rojo la arena.

Los demás salieron del bosque. El salvaje que había resultado ileso se había lanzado al suelo y en aquellos momentos se levantaba con aire estúpido y desconcertado, como si le sorprendiera el comprobar que aún estaba vivo. Otro de los cazadores, que había sido alcanzado en las piernas por una de las patas de los mamuts, se retorcía en el suelo, intentando arrastrarse y gritando desaforadamente, quizás pidiendo ayuda. Los demás cazadores se lanzaron hacia ellos para auxiliarlos. Y, en aquel momento, un nuevo mamut surgió de la espesura, siguiendo el camino de los anteriores.

Hortzst fue quien primero lo vio, desde el lindero del bosque. Gritó, aulló casi:

-¡Cuidado, otro mamut!

Los que habían acudido en ayuda de sus compañeros recibieron el aviso pronunciado en una lengua que no entendían. No obstante, algo les avisó del peligro. Levantaron la cabeza y vieron la mole de carne que se lanzaba hacia adelante a través del lugar donde se encontraban. Algunos intentaron huir, mientras otros quedaban inmovilizados en su sitio, quizás por el espanto o la sorpresa. Algunos de ellos levantaron sus toscas lanzas, en actitud de inútil defensa. Y junto a Barly, la voz del jefe aulló:

-¡Mi hijo!

Barly adivinó, más que vio, la figura del jefe de los cazadores en medio de la playa, con la lanza, levantada, aguardando a pie firme la acometida del monstruo. Comprendió que nada podría hacer contra aquella mole de varias toneladas de peso, protegida por una espesísima capa de grasa. Levantó su fusil, aunque sabía que no lograría nada. Y disparó una carga ininterrumpida hacia la mole del animal en movimiento, con la esperanza de conseguir detener o desviar su carrera.

Lo consiguió en parte. El mamut se sintió herido en un costado y se paró casi en seco. Por unos instantes dio algunos pasos sin dirección fija, como aturdido, mientras trompeteaba intensamente. Tan sólo unos metros le separaban del lugar donde se encontraban los cazadores.

En aquel momento, Quaterman y Grueber, desde el otro lado, se dieron cuenta de lo que estaba sucediendo a su izquierda. Quaterman, hombre de acción, se hizo cargo en pocos segundos de la situación. Comprendió que

si no abatía al mamut en aquel mismo momento, los cazadores estaban irremisiblemente perdidos. Levantó el arma y apuntó una fracción de segundo a la cabeza del animal. Disparó.

Su tiro fue certero. El rayo de energía dio en la cabeza del mamut, en el centro mismo de su cráneo. El animal pareció tambalearse, fulminado. Por unos momentos se mantuvo en pie.

Luego, lentamente, dobló sus patas delanteras.

Todavía levantó su trompa, lanzando un prolongado grito de agonía. Después, cayó pesadamente. Hacia su derecha.

Fue una brevísima fracción de segundo. Casi nadie llegó a apercibirse de ello. Un grito, un rumor sordo, el retemblar de la tierra bajo el corpachón del animal... Y dos de los cazadores, uno de ellos el hijo del jefe de la tribu, desaparecieron bajo la mole del mamut muerto.

El grito del jefe resonó agudamente en los oídos de Barly y allí se mantuvo, como un eco, aún mucho tiempo después de haber sido proferido.

La tragedia, como tal, acababa de consumarse.

CAPÍTULO VII

Un milagro antes del anochecer

Todo había terminado. Sobre la arena de la playa, y flotando en el agua del lago, yacían los cuerpos de once mamuts. Cinco de ellos muertos. Los demás heridos e imposibilitados de levantarse. Grueber y los demás se fueron acercando a ellos, rematándolos con sendos disparos a la cabeza. Hortzst contemplaba las inmensas moles de carne.

-¡Y pensar que habrá muchos días en los que estos salvajes pasarán hambre por falta de comida para todos! -murmuró-. Si pudieran conservarla aquí tendrían carne para un año como mínimo.

-No es eso precisamente lo que me preocupa -dijo Grueber-. Lo que realmente no me gusta es lo sucedido con el hijo del jefe.

-Fue un accidente -observó Robertson.

-Nosotros, lo sabemos así, es cierto. Pero, ¿pensarán los salvajes lo mismo?

-¿Qué quiere decir Grueber? -indagó Quaterman.

Barly fue quien respondió:

-Ustedes se encontraban en el otro lado Quaterman, pero nosotros estábamos al lado del jefe, Pudimos oír claramente su grito cuando la mole del mamut aplastó el cuerpo de su hijo.

-Pero aquello no fue culpa nuestra.

-Nosotros lo sabemos así. Pero para ellos quizás sea distinto. ¿Qué pensaría alguno de nosotros si una persona a la que consideráramos infalible nos fallara de modo que sus consecuencias repercutieran en lo que más queremos? Para ellos nosotros éramos omnipotentes. Pero hemos permitido que murieran varios cazadores, entre ellos el hijo del jefe de la tribu. Esto es lo peor, el hijo del jefe de la tribu. Si él se pone contra nosotros, toda la aldea estará contra nosotros también.

-Bien. ¿Qué podemos hacer, entonces?

-No lo sé. Esperar, y ver en qué para todo esto. Y decidir entonces nuestra futura línea de conducta.

Los pocos mamuts que habían salido indemnes habían huido de nuevo hacia la selva. Los habitantes del poblado empezaron a regresar, ocupando de nuevo la playa, acercándose a los cuerpos de los mamuts muertos y hablando excitadamente entre sí.

-¿Y Una? -inquirió Robertson-. Tal vez ahora sea cuando tengamos más necesidad de ella.

Los cinco hombres la buscaron con la vista por los alrededores, sin que pudieran dar con ella. En cambio, sí vieron al jefe que, seguido de media docena de cazadores y guerreros, se acercaban hacia allí.

-Será cuestión de prevenirse -murmuró Quaterman-. Esto no me gusta nada.

El jefe de la aldea se detuvo frente a ellos y los cazadores se fueron disponiendo en círculo a su alrededor, como si pretendieran impedir su huida. Los cinco hombres tenían los rifles en la mano y sus dedos estaban muy cerca del botón de disparo. El jefe los miró fijamente unos momentos, con los ojos brillantes. Habló:

-Mi hijo Ral muerto.

Barly miró a sus compañeros. Era él quien debía tomar la palabra. Y no sabía qué decir.

-Lo sabemos -dijo-. Ha sido lamentable.

-Mi hijo Ral muerto -repitió el hombre-. Vosotros haberlo matado.

Barly se mordió los labios.

-Los designios del "*akra*" son inescrutables -murmuró, intentando hallar una vía de escape-. Nosotros sólo somos sus servidores.

Los ojos del jefe despedían fuego. Su dolor se había convertido en ira.

-Los designios del "*akra*" no ser que mi hijo morir. Vosotros haberlo matado. Vosotros haber tenido envidia de él porque mi hijo ser mejor cazador de la tribu.

Barly se encontraba ante un callejón sin salida. Sus conocimientos de la lengua de los salvajes no eran lo suficientemente completos como para poder hacer una defensa completa de lo que se le acusaba. Hubiera querido hacer un discurso en su descargo, pero comprendía que sonaría más como una excusa que como una defensa. Observó que tras el jefe y los guerreros se iba reuniendo una gran cantidad de personas. Casi todo el pueblo estaba allí, escuchando aquellas palabras.

-Comprendemos tu dolor -murmuró-. Pero nosotros no pudimos hacer nada. Pedimos a los cazadores que se retiraran cuando nosotros lo ordenáramos. Tu hijo no lo cumplió. Y fue castigado.

-Mi hijo cumplir lo ordenado. Él acudir a ayudar a sus compañeros.

Pero él cumplir lo ordenado. El "*akra*" no poder castigarlo por ser humano. Vosotros matarlo.   .

Siguieron unos instantes de silencio. Barly pensó que era inútil añadir nada. Si querían irse de allí, librarse de aquel cerco, no les quedaría, más remedio que hacerlo por la fuerza. Pero tenían ante ellos a todo el pueblo.

Dirigió su vista hacia los demás, que seguían la conversación sin comprender, aunque imaginándose en el fondo su significado.

-Nos acusa de haber matado a su hijo -les comunicó-. No sé lo que va a pasar ahora, pero de todos modos no creo que sea muy agradable para nosotros.

Les rodeaba una multitud. Habían escuchado las palabras de su jefe y sus caras se mostraban hoscas hacia los cinco hombres. Barly y los demás comprendieron que por más que hicieran no podrían escapar de aquella marea humana.

-Los designios del "*akra*" son inescrutables -dijo aún Barly, intentando cambiar el giro que adoptaba la situación,- si él mató a tu hijo supo por qué lo hacía.

El jefe los seguía mirando con ojos brillantes. Murmuró unas cortantes palabras:

-Vosotros no ser mensajeros del "*akra*". Se hizo un nuevo silencio. Entre los salvajes que rodeaban a los expedicionarios corrió un murmullo apagado. Barly levantó su rifle.

-El poder del "*akra*" os ha ayudado contra los *nus*. No queráis ahora que se vuelva contra vosotros.

El jefe volvió a repetir:

-Falsos portadores del "*akra*"...

A partir de entonces, todo sucedió vertiginosamente. De pronto, Barly se sintió cogido por atrás. Antes que pudiera darse cabal cuenta de lo que sucedía, una mano le arrebató el rifle, y dos brazos musculosos le inmovilizaron por la espalda. Intentó debatirse, pero era inútil luchar contra hombres habituados a las más brutales peleas, fuertes y resistentes como toros. Tuvo una sensación de lucha a su alrededor y supuso que los demás habrían sido atacados y lucharían también como él. Dio un cabezazo al hombre que tenía enfrente, e intentó librarse de los brazos que le sujetaban. Un puño de acero se hundió en su estómago, cortándole la respiración. Otro le

golpeó la mandíbula, produciéndole un vivo dolor. Quiso gritar algo, pero un tercer golpe se abatió sobre su cabeza, haciéndole ver millones de estrellas ante él. Antes que pudiera distinguir claramente lo que sucedía en el tumulto que le rodeaba, un espeso y fangoso mar revoloteó a su alrededor, cogiéndole con sus viscosos tentáculos. La oscuridad se cernió sobre él y se hundió en el vacío pozo de la inconsciencia. A partir de entonces, todo dejó de existir a su alrededor...

Despertó en medio de lo que parecía intensa oscuridad. Parpadeó varias veces, intentando enfocar la visión hacia algo concreto, pero sólo percibió tinieblas. Permaneció unos momentos inmóvil, en la posición en que había despertado, con los ojos muy abiertos y el oído atento, intentando captar algo. Parpadeó varias veces. Empezó a ver ligeras variaciones de oscuridad, líneas que parecían ser más claras que el resto. No tardó en comprender que se encontraba en el interior de una de las cabañas lacustres, tendido en el suelo de maderas y lianas tejidas, y que lo que veía eran las rendijas de las paredes.

Intentó levantarse y entonces descubrió que se encontraba atado, con las manos a la espalda, por resistentes bejucos. Volvió a tenderse en su antigua posición y escuchó atentamente.

A su lado podían oírse varias respiraciones acompasadas. Imaginó que los demás se encontraban también allí. Llamó quedamente:

-Grueber.

Lo hizo en voz baja, como si temiera llamar la atención. El silencio seguía a su alrededor. Escuchó atentamente, pero no oyó nada anormal. Volvió a llamar, esta vez más fuerte:

-Grueber, Quaterman. ¿Hay alguien despierto?

A su lado se oyó un apagado rumor, como el roce de un cuerpo al arrastrarse. Sus ojos intentaron taladrar la oscuridad, pero no lograron ver nada. Interpeló:

-¿Quién hay aquí?

Transcurrieron unos segundos, en los que el apagado roce seguía oyéndose a su lado. Luego, una mano se posó sobre su pecho. Barly dominó su sobresalto. La mano ascendió suavemente sobre su cuerpo, hasta posarse sobre su boca. Se apretó contra ella, como pidiendo silencio.

Barly intentó liberarse, retorciéndose sobre sí mismo. Logró quitar aquella mano que presionaba sus labios y preguntó:

-¿Quién es?

Una voz suave le respondió, casi en su oído:

-Yo Una, tú Barly.

Barly sintió una oleada de alivio. Dejó escapar un apagado suspiro.

-¡Una! -exclamó- ¿Qué haces aquí?

Ella guardó silencio unos instantes. Luego explicó:

-Yo venir a escondidas. Yo querer hablar con vosotros.

Barly hizo un esfuerzo y se sentó.

-¿Dónde nos encontramos?

Podía escuchar la respiración de la muchacha a su lado y el contacto de su cuerpo. Ella respondió:

-Vosotros estar en la cabaña donde hospedaros antes.

-¿Y qué has venido a hacer aquí?

Ella guardó silencio unos instantes. Luego explicó:

-Jefe estar enfadado con vosotros por muerte de su hijo. Jefe querer mataros como venganza. Pero tener miedo a "*akra*".

-¿Entonces?

-Jefe consultar con sacerdote y él darle consejo. Él decir que aguardar hasta la luna de mañana. Si el "*akra*" estar a vuestro favor, él hacer señal prodigiosa para salvaros. Si no hacerla, vosotros ser falsos portadores del "*akra*". Y morir con la luna.

Barly dejó escapar un suave silbido.

-Bonita perspectiva -exclamó-. ¿Y qué clase de señal prodigiosa quiere?

Ella dudó unos momentos.

-Yo no saber -dijo-. Si vosotros predecir señal y señal cumplirse, él dejar libre y adoraros. Si no, vosotros morir.

Barly refunfuñó un poco.

-Está loco -murmuró en su lengua- ¿como vamos a ofrecerle nosotros ninguna señal prodigiosa? En vaya situación nos hemos metido. ¡Y todo por querer ayudarlos!

Luego, dirigiéndose a Una, inquirió:

-¿Y tú? ¿Por qué estas aquí?

Se notó una ligera vacilación en ella antes de contestar. Barly oyó como se removía a su lado.

Al fin, con voz muy tenue, contestó:

-Yo confiar en vosotros. Yo no querer que vosotros morir. Por eso, yo querer ayudaros.

Y Barly pensó, en aquel momento, que Una era la muchacha más encantadora de todos los tiempos.

* * *

Quaterman fue el primero en despertar. Luego, le siguieron Grueber, Robertson y Hortzst. Cuando todos estuvieron en pleno, conocimiento de sus facultades, Barly les explicó la situación en que se encontraban.

-Bonito fregado -exclamó Quaterman-. ¿Y cómo diablos nos las arreglamos ahora?

Todos recordaban lo mismo antes de perder el conocimiento. Unos brazos que les sujetaban, unos golpes, una breve lucha... y luego nada.

-¿Y nuestros equipos? -inquirió Hortzst.

Quaterman hizo un gesto de duda que quedó ignorado para todos.

-Los salvajes pueden ser imbéciles -refunfuñó-, pero no creo que lo sean tanto. Supongo que no nos los habrán dejado.

No necesitaron mucho tiempo para convencerse que sus pistoleras estaban vacías y que sus mochilas habían desaparecido. Además, atados como estaban, poco podían hacer.

-No veo que nuestra situación sea muy halagüeña -murmuró Robertson-. Demonios de salvajes. ¿Por qué se nos ocurriría ayudarles?

-No creo que estuviéramos mucho mejor si nos hubiéramos negado a hacerlo -dijo Quaterman-. ¿Qué hubieran hecho ellos entonces?

-Pero en la cueva de la pistola sólo había seis hombres además de nosotros. Hubiéramos podido terminar con ellos y llevamos la pistola. Al fin y al cabo, era lo único que nos interesaba. Robertson saltó en la oscuridad.

-¿Está usted loco, Quaterman? ¿Sabe lo que está diciendo? ¡Llevarnos la pistola!

-¿Qué hay de malo en ello? Al fin y al cabo, llevándola a nuestra época hubiera sido el modo más sencillo de desentrañar el misterio que la rodea.

-En absoluto, Quaterman. Con el tiempo no puede jugarse, recuérdelo siempre. Si encontramos la pistola en nuestra época, fue porque alguien la dejó aquí, y aquí ha quedado durante siglos. Si nosotros nos la lleváramos

ahora, no podríamos encontrarla en nuestra época, pues ya no estaría aquí. ¿No comprende?

-Bien, pero si, a pesar de todo, nos la lleváramos, ¿qué sucedería?

Robertson se removió en la oscuridad.

-¡Y pregunta qué sucedería! Sencillamente, que crearíamos un absurdo matemático. Resultaría que habríamos encontrado en las excavaciones una cosa que no existía, que no podía existir.

-¿Y...?

-¡Quién sabe! Tal vez cambiaríamos el futuro, o quizás causaríamos un cataclismo cósmico. Quizás desapareciera todo el universo. ¿Quién puede saberlo? Lo único que puedo decirle es que yo no intentaría hacerlo por nada del mundo.

-¿Entonces?

-Entonces, nada. Siempre debemos proceder mirando hacia el futuro. No podemos cambiar nada de lo que ya existe. Debemos actuar siempre de acuerdo con lo que existirá o puede existir, pero nunca sobre lo que conocemos certeramente su existencia. Para nosotros, la presencia de la pistola es un hecho cierto e inviolable. A su respecto, no podemos hacer nada salvo dejarla donde está.

-Bien, pero no podemos quedarnos así, si no queremos que nos maten. No somos todopoderosos para hacer el milagro que nos pide el jefe antes del próximo anochecer. Debemos hallar alguna otra solución.

-¿Cuál?

-Yo puedo ofrecer una -intervino Barly-. Mejor dicho, Una es quien puede ofrecerla.

-¿Una? -saltó Grueber.

-Sí. Se encuentra aquí. Estaba aquí ya cuando yo desperté, y me explicó que había entrado ocultamente abriendo un orificio por la endeble pared de la parte posterior de la cabaña, sin que los dos guerreros que hay de guardia en la puerta se dieran cuenta de su presencia. Ella fue quién me contó todo esto. Me dijo que quería ayudarnos.

-¿Ayudarnos?

-Sí, a escapar.

-¿Y cómo?

-¡Demonios, y yo qué sé! La verdad es que quiere ayudarnos, y que

no podemos desaprovechar la ocasión.

-Un momento -intervino Grueber-. El que huyamos así, representará abandonar nuestra misión, así como dejar aquí nuestro equipo. Lo lamento, pero es imposible. No podemos abandonar nuestro equipo. Recuerden lo que ha dicho Robertson.

-Muy bien, entonces intentaremos rescatarlo.

-Pero deberemos abandonar lo que nos ha traído aquí.

-¿Y qué quieres hacer entonces? ¿Qué podemos hacer? ¿Arriesgarnos a perder la vida? Creo que primero somos nosotros que el motivo, que nos ha traído aquí.

Grueber movió negativamente la cabeza en la oscuridad. No, aquello no le gustaba. Ya que habían venido hasta allí, era preciso que llegaran hasta el final. No podían abandonar ahora las cosas, cuando aún no habían resuelto nada en concreto.

-No -dijo-, no huiremos. Todavía queda el misterio de la llegada aquí de la pistola, y no podemos irnos sin resolverlo. Debemos quedarnos y terminarlo.

-¿Cómo? -inquirió Quaterman.

Grueber, suspiró:

-¿Cómo les parece? Del único modo que podemos hacerlo. Realizando el milagro que nos ha pedido el jefe.

CAPÍTULO VIII

¡Cien años atrás!

La noche estaba iluminada por una luz difusa, tenue, procedente de las capas altas de la atmósfera. Barly tuvo que hacer un esfuerzo para pasar por el pequeño agujero abierto en el lateral de la cabaña. Desde allí, y cogiéndose al tronco que constituía uno de los cuatro pilares de la construcción, descendió hasta el agua.

Una le esperaba allí, en el agua, manteniéndose a flote mediante cortos y suaves movimientos de brazos y piernas. Barly llegó a su lado y le preguntó:

-¿Cuál es la cabaña?

Ella le señaló una de las que se levantaban a su izquierda, la más extrema del poblado. Era el almacén de víveres de la aldea, y en ella les había informado la muchacha que habían sido depositados sus equipos. Barly hizo un gesto de asentimiento.

-Espérame aquí -le dijo.

Se alejó nadando suavemente, procurando hacer el menor ruido posible. Las muñecas le dolían de la presión de las sólidas ataduras, que la muchacha había necesitado diez minutos largos para desatar. Recordaba todavía a Grueber explicándole su plan, y a los demás aceptándolo. Luego, entre Una y Barly habían desatado a los otros y habían salido de la cabaña, mientras los otros, cuatro quedaban tranquilamente en ella, aguardando a que Barly cumpliera con lo planeado.

Llegó a la parte baja de la cabaña, y se encaramó lentamente, por el tronco hasta llegar a la estrecha plataforma que la rodeaba. En la puerta había dos guerreros indígenas custodiando la entrada, pero Barly sabía cómo practicar otra entrada. Las paredes de la cabaña estaban construidas por hojas entretejidas, y tan sólo cada medió metro había un tronco vertical para dar consistencia a la construcción. Palpó la pared para determinar el lugar, y trabajó durante un corto tiempo en él. Cuando terminó, la pared presentaba un boquete lo suficientemente ancho para que cupiera su cuerpo por él.

Penetró en el interior de la cabaña. La oscuridad era completa. Fue avanzando lentamente, con las manos extendidas hacia adelante. Palpó diversos objetos: troncos, cueros, pieles de animales que expedían un hedor nauseabundo... Al fin, en un rincón, encontró lo que buscaba: las mochilas que

le habían sido arrebatadas, junto con las armas y utensilios que llevaban en los cinturones.

Fue seleccionando cuidadosamente lo que necesitaba. La pistola y el fusil. Luego, el machete. La brújula de orientación. Rebuscó en una de las mochilas, y sacó varios objetos. Un tubo largo, de unos veinte centímetros por cinco de grueso, unido con un cable a una cajita cuadrada en la que había un indicador graduado. Luego, otra cajita, con el mismo indicador, y con una pequeña antena de cuadro en su parte superior. Lo recogió todo, y lo metió en un saco impermeable, cerrándolo luego herméticamente y colocándoselo atado al cinturón de su traje. No necesitaba nada más. Regresó al exterior y poco después volvía al agua, donde le aguardaba Una. Le hizo una silenciosa seña indicándole la orilla, y ambos empezaron a nadar lentamente hacia ella.

Una vez en la playa, Barly consultó su brújula de orientación, fijando el camino. Indicó a la muchacha la selva. Ella le miró unos instantes con ojos atemorizados.

-¿Tienes miedo? -le preguntó.

Aquello era algo evidente. La selva de noche era algo tabú, para la mente primitiva de la muchacha. Pero, ella, haciendo un esfuerzo, dijo que no con la cabeza. Barly sonrió levemente.

-Yendo conmigo, no te sucederá nada -le dijo.

La cogió de la mano, y ambos se adentraron por entre los árboles, camino del lugar donde se encontraba la esfera del tiempo.

* * *

En sí, el plan que había urdido Grueber era sencillo. Los salvajes querían una muestra de que el "*akra*" estaba con ellos. Muy bien, pues la tendrían. Suponía que un desprendimiento de rocas en la cima de la montaña cuando ellos lo ordenaran, sería suficiente prueba para la incredulidad de los habitantes de la aldea. Y esto lo podían conseguir colocando un barreno en lugar apropiado. En las mochilas habían traído algunos de aquellos barrenos, por si les era necesario realizar alguna voladura. Iban acoplados a un receptor de frecuencia especial, que actuaba a modo de disparador. Un emisor de las mismas características, que pudiera graduarse a la misma longitud de onda, completaba el equipo. En el momento en que a través del emisor se lanzaba la onda de disparo, ésta era recogida por el receptor, que establecía el contacto, haciendo estallar el barreno en el preciso momento en que se deseara. Era un

medio adecuado de realizar el *milagro*. Y convincente además.

En un principio, Grueber había pensado ir a la montaña donde se encontraba la cueva redonda, y colocar directamente el barreno. Pero la escalada de la montaña no podía hacerse de noche, y de día serían vistos por los salvajes, quienes tal vez impidieran sus movimientos. Tendría que realizarse de otra manera.

Fue Hortzst quien lo propuso. Y, puesto a hacerlo, ¿por qué no ir al pasado a instalar la carga? Supongamos que uno de ellos se dirigía a la esfera del tiempo y se remontaba un año, por ejemplo, en el pasado, cuando ellos aún no habían llegado allí. Colocaba el barreno en la montaña y regresaba al presente con el emisor graduado convenientemente. Una vez allí podrían hacer estallar la carga cuando quisieran, y todo listo.

-Pero, esto es una contradicción -había dicho Quaterman-. Si vamos al pasado a instalar la carga, nos encontraríamos con que realizamos una violación del tiempo, según las explicaciones del profesor.

-En absoluto -saltó Robertson. No olviden que, si bien lo que indica Hortzst entraña ir al pasado, los efectos de la acción no se remontarán sino hasta el futuro. Nuestro futuro de ahora. No violaremos ningún hecho consumado. No hay ninguna pega en todo ello. Si uno de nosotros va al pasado y coloca una carga explosiva en la montaña, esto quiere decir que la carga existe ahora, aunque nosotros no sepamos dónde está. .

-Entonces -objetó Quaterman-, ¿por qué no hacemos estallar el barreno, sin necesidad de ir ninguno de nosotros al pasado? Los efectos serían los mismos, y con menos molestias.

-¡Oh, Dios! -Robertson se había llevado las manos a la cabeza- ¿Pero no comprenden que entonces, sí que realizaríamos una contradicción de los hechos? El barreno se encontrará en la montaña si alguno de nosotros va al pasado, pero no se encontrará allí si no va. Estará desde el momento en que cualquiera de nosotros que realice lo planeado, vaya allí y lo coloque. Si nosotros hacemos estallar el barreno ahora, y el barreno estalla, entonces deberemos ir al pasado a colocarlo, queramos o no, so pena de incurrir en una violación del tiempo. ¿No lo comprenden?

-No mucho -reconoció Quaterman.

-Está bien, no importa -interrumpió Grueber-. Esto no modifica las cosas. ¿Están todos de acuerdo con mi proyecto?

El acuerdo fue unánime. Durante unos momentos se discutieron los últimos detalles. Todos estuvieron conformes en que Barly debía ser quién llevara a cabo la empresa, por ser el miembro más joven y más vigoroso de la expedición, además de ser el único que podía entenderse con los indígenas. Además, Una podía acompañarle como guía, ella conocía bien el terreno. Después de lo que había hecho sabían que la tendrían incondicionalmente a su lado. Era una buena aliada.

Robertson le dio a Barly las instrucciones necesarias para el manejo de la esfera del tiempo. Los diales indicadores de dirección temporal, los mandos de movimiento aéreo, los cálculos de coordenadas...

-Una equivocación -le había advertido- puede llevarle a un lugar distinto en el tiempo al que había proyectado, pero esto no debe preocuparle. El tiempo de partida queda siempre registrado como tiempo de base, se encuentre en el tiempo que se encuentre, una simple inversión de los mandos lo devolverá a la época de la que salió, con sólo una hora de margen del momento en que partió. Es decir, vaya donde vaya, y esté allí el tiempo que esté, siempre regresará una hora después de haber marchado. Lo cual representará una gran ventaja en estas circunstancias. Tarde el tiempo que tarde en regresar, siempre regresará a tiempo.

Barly escuchó atentamente las explicaciones del profesor y, luego, junto con Una, salió de la cabaña. Dentro de ella quedaron los cuatro hombres, con las manos desatadas, en libertad. Pero no se movieron de allí. Cuando el jefe penetrara a la cabaña, ellos lo estarían aguardando tranquilamente. Le dirían que conocían sus intenciones, y que uno de ellos había ido a consultar el "*akra*", volviendo con el consentimiento del dios para realizar el milagro. Bueno, lo diría Barly, en la cinta magnetofónica que había grabado y que los demás pondrían en funcionamiento en el momento indicado. Quizás el jefe desconfiara, pero ante las circunstancias acumuladas de que ellos se encontraban libres, pese a lo cual permanecían tranquilos, y de que conocían cuáles eran sus intenciones, no se arriesgaría a hacer nada hasta que Barly volviera. Así podrían volver a conquistar el favor de la tribu, y terminar la investigación que los había traído hasta allá.

El camino de regreso al lugar donde se encontraba oculta la esfera transcurrió sin novedad. A medio camino empezó a amanecer, y cuando llegaron a la cueva era ya media mañana. Todo estaba igual que antes. Barly

cortó la energía de los cuatro proyectores que protegían la entrada de la cueva y penetró en ella. Allí estaba la esfera, igual a como la habían dejado.

Una se había detenido en la entrada, impresionada por aquella mole transparente que se divisaba vagamente en la semipenumbra de la cueva. Barly le hizo un gesto, invitándola a entrar. Ella dio un par de pasos, y se detuvo sobrecogida.

-¿Qué ser eso? -preguntó.

-Una esfera para viajar por el tiempo, -inmediatamente, Barly se arrepintió de sus palabras, dichas sin pensar. ¿Cómo iba a comprender la muchacha el significado de todo aquello?

-El vehículo del "*akra*" -se apresuró a rectificar.

La muchacha se sintió más tranquila. Avanzó unos pasos más dentro de la cueva y se detuvo, contemplando la esfera.

-¿Tú ir al encuentro del "*akra*"? -preguntó.

Barly negó con la cabeza.

-No. A cumplir sus mandatos. Iremos los dos. Tú también.

El rostro de la muchacha, expresó espanto.

-¿Yo también?

-Sí; anda, ven. No te sucederá nada.

La arrastró materialmente hacia la esfera y la hizo subir a ella. Una dudó unos momentos en el interior, sin saber qué hacer. Barly le indicó uno de los sillones, y ella fue a sentarse con precaución, no del todo tranquila. Barly se sentó en el sillón del piloto y empuñó los mandos. Cerró herméticamente la puerta desde los controles, se ató el cinturón de seguridad y ató el de Una, y comprobó que todo estuviera en orden.

El movimiento de dirección a través del tiempo se efectuaba mediante la conjunción de tres coordenadas: la del espacio, la del tiempo y la del movimiento. La suma de las tres daba a la esfera el impulso energético necesario para el viaje. Barly empezó a manejar los controles, centrando las tres coordenadas hacia un año antes en el tiempo. Y entonces, se detuvo.

No, no podía hacerlo, pensó. No debía olvidar que la muchacha indígena iba con él. Y que un año antes ella también existía. Sería, peligroso que se encontraran dos seres idénticos, y que eran la misma persona, frente a frente.

Era más conveniente dirigirse más hacia el pasado, hasta un tiempo en

el que la muchacha todavía no existiera. Pero, ¿qué edad tenía Una? Era inútil preguntárselo, ya que su idea del tiempo era completamente distinta de la suya, y muy relativa. Lo mejor era calcular una cifra arbitraria. Al fin y al cabo la carga era completamente inalterable al tiempo y a los elementos. Tanto daba que permaneciera aguardando el momento un año como ciento.

¡Cien años, eso era! Una cifra fácil de calcular e imprimir en las coordenadas de la esfera. Claro que existía el peligro que en el transcurso de estos cien años el terreno hubiera modificado su forma, pero esto podría verlo él mismo, una vez llegara al lugar. Y si era así, nada le costaba irse remontando en el tiempo hasta llegar al lugar adecuado. Y aunque tuvieran que pasarse varios días viajando por el tiempo, no importaba. Siempre regresarían una hora después de haber partido, como había dicho Robertson. Era la gran ventaja.

Movió los diales que ponían en funcionamiento las coordenadas, y lo dejó todo listo. Luego, puso en funcionamiento los mandos manuales.

La esfera, obediente a su presión, salió lentamente de la cueva y se elevó en el aire.

Los ojos de la muchacha estaban blancos por la sorpresa y el terror. Por unos momentos Barly tuvo remordimientos de haberla traído consigo, pero pensó que podía serle muy útil si sucedía cualquier percance inesperado. Le sonrió, tranquilizándola, y ella recordó que los portadores del "*akra*" le merecían toda su confianza. Se tranquilizó. Barly hizo un último repaso a la situación de los mandos, y después de comprobar que todo estaba en orden, pulsó el botón que iniciaba el proceso de traslación.

Los efectos fueron idénticos a los de la vez anterior. Un vértigo, un ligero mareo... y el panorama cambió a su alrededor. Ahora era de noche, una noche lluviosa. Podía oírse claramente el repiqueteo de la lluvia sobre los cristales en la oscuridad reinante a su alrededor. Barly maldijo entre dientes su mala suerte.

-¿Nosotros estar en el país del "*akra*"? -preguntó Una.

Barly no respondió. Graduó de nuevo las coordenadas, esta vez a unas horas tan sólo de distancia en el pasado. Y volvió a oprimir la palanca.

Esta vez aparecieron bajo un sol apenas enturbiado por algunas ligeras nubes. Escrutó bajo la esfera y vio un paisaje similar al que habían abandonado, apenas había cambiado nada en el transcurso de los cien años.

Depositó la brújula de orientación sobre el tablero de mandos, y enfiló la dirección siguiendo sus indicaciones.

No tardaron en llegar al valle que ocupaba el poblado. Mirando hacia abajo podían verse las viviendas lacustres, aunque eran muchas menos y ocupaban una extensión más reducida. Ante ellos se divisaba la montaña y, en mitad de ella, frente a la explanada de roca, la cueva redonda donde se encontraba la pistola.

Barly hizo descender lentamente el aparato, dirigiéndose hacia la cima de la montaña. En el poblado podían verse algunas figuras afanadas en desconocidas tareas. Una contemplaba con ojos entre sorprendidos y maravillados, aquel panorama que veía por vez primera. Nunca había podido contemplar aquella región a vista de pájaro, y la experiencia, al mismo tiempo que le gustaba, le sobrecogía. Miró a Barly; y el verlo tranquilo ante los mandos la tranquilizó a ella también.

Barly estaba atento a los mandos. Había decidido que el mejor lugar para instalar el explosivo sería en la cumbre de la montaña. Allí, el desprendimiento de las rocas por la voladura, causaría un efecto sobrecogedor entre los salvajes. Estaba seguro de encontrar por aquel lugar alguna hendidura poco profunda donde asentar el barreno y, en caso necesario, podría abrirla él mismo con la pistola.

Allá abajo se veía el pueblo, sumido en sus trabajos y afanes. Nadie, indudablemente había visto el punto negro que formaban en el cielo, dada la distancia que los separaba. Pero si la pistola se encontraba ya en la cueva redonda, a mitad de la ladera habría hombres.

Empezó a buscar con la vista, y pronto encontró un lugar apropiado. Hizo descender la esfera, deteniéndola a unos pocos centímetros de la ladera y suspendiéndola allí. La pronunciada inclinación del terreno hacía imposible estabilizar el aparato, por lo que lo dejó allá, suspendido en el aire por una especie de colchón de energía, y descendió él solo, indicando a Una que le aguardara en la esfera. Consigo se llevó el saquito impermeable en el que estaban el barreno y el emisor.

Llegó al lugar que había divisado y lo examinó. Era una corta hendidura en la roca viva, de medio metro de largo por unos cuatro centímetros de ancho, un seco tajo en la piedra. Sobre ella descansaba toda aquella parte de la cima. La explosión del barreno allí causaría un

espectacular alud. Observó la situación del corte, y vio que la cueva redonda quedaba a su izquierda, fuera de los efectos de la explosión, que no la afectaría en lo más mínimo. Era el sitio ideal.

Sacó la pistola, v mediante unos cortos golpes de energía profundizó el corte para enterrar más el barreno. Luego tomó la carga y ajustó emisor y el receptor a una misma frecuencia. Una vez comprobado todo ello, metió el barreno en la hendidura, dejando que se desplazara hasta el fondo. Fue tapando luego la abertura con rocas, a fin que no pudiera ser en ningún caso descubierto, aunque aquello era algo improbable. Miró hacia abajo y comprobó que nadie podría subir allí si no era con escalas y picos de escalador, o a menos que viniera como él desde el aire. Aunque fuera por cien años, el barreno estaba seguro en aquel sitio.

Una, desde la esfera contemplaba, entre curiosa y desconcertada, las maniobras de Barly, completamente extrañas para ella. En sus labios bailaba la curiosidad, pero el respeto que le merecían los portadores del «akra» la contenía. Durante las dos horas que estuvo Barly trabajando con el barreno en la hendidura, lo observó fijamente, sin perderse el menor de sus movimientos. Cuando, después de comprobar que todo estaba listo a su alrededor, Barly regresó por las rocas, a la esfera, saltando la escasa distancia que los separaba, sintió más que nunca el deseo de preguntar el significado de todas aquellas acciones del hombre. Pero tampoco lo hizo. Se limitó a contemplar en silencio cómo Barly cerraba la portezuela de la máquina, y a sonreírle cuando dirigió su vista hacia ella.

Barly se sentó de nuevo en el sillón del piloto, cerrando desde allí herméticamente la portezuela de acceso. Comprobó todos los mandos, preparándose para el regreso.

En aquel momento estalló la tormenta en el exterior.

Durante todo el trabajo de Barly, el cielo se había ido cubriendo de nubes oscuras, amenazadoras. En el momento que cerraba herméticamente la portezuela las nubes descargaron el primer rayo. Y antes que hubiera tenido tiempo de percatarse de lo que se avecinaba, las primeras gotas de lluvia empezaron a golpear sobre la superficie transparente de la esfera.

Barly maldijo en voz baja su suerte. No era que la tormenta le importara demasiado, si se alejaban de allí rápidamente. Pero el viento bruscamente empezó a soplar con violencia. Y la esfera empezó a trepidar.

El cielo se había vuelto oscuro, como si repentinamente acabara de llegar al crepúsculo. Barly movió rápidamente la palanca de movimiento directo con la intención de elevarse en el cielo para situarse más arriba de la cumbre de la tormenta. Pero en aquel mismo momento una fuerte ráfaga cogió lateralmente a la esfera, lanzándola hacia la montaña. Barly apenas tuvo tiempo de desviarla antes de que chocara contra las rocas, y lanzó un suspiro de alivio cuando vio que la cumbre se deslizaba rápidamente a su lado, quedando atrás. Comprendió que no podía subir contra el viento, y decidió descender en busca de algún lugar desde el cual poder realizar las maniobras necesarias para emprender el regreso. Se maldijo interiormente por no haber retrocedido unas horas más, cuando apareció por primera vez en medio de la tormenta. Una, desde su asiento, contemplaba a su alrededor, con ojos asustados. Los rayos se multiplicaban en torno a ellos, creando una verdadera tormenta magnética. Las tempestades, en aquella época del año, y debido al gran movimiento de evaporación del agua y a la gran cantidad de vegetales que cubrían el suelo del planeta, se desarrollaban a una tremenda velocidad. Empezaban tan bruscamente que cuando uno se daba cuenta ya se encontraba en su máxima densidad, y solían cesar, generalmente, con la misma brusquedad con que habían empezado. Los rayos eran cosa frecuente en ellas, debido a la gran carga eléctrica de la atmósfera, y Barly recordaba que Robertson le había explicado en una ocasión, refiriéndose a la esfera, que el aparato creaba al iniciar su viaje por el tiempo un intenso campo eléctrico a su alrededor, que lo hacía girar rápidamente sobre sí mismo para iniciar la rotación a través de la dimensión temporal. Lo cual quería decir que un campo eléctrico creado en aquellos momentos en torno a aquel otro campo eléctrico, sería tanto como poner en contacto los dos polos opuestos de un generador. Era inútil, por lo tanto, iniciar nada entonces. Debía esperar a que la tormenta magnética se calmara.

Hizo descender la esfera, de modo que escapara del núcleo del campo eléctrico de la tormenta. Así llegó muy cerca de la superficie del lago. En pocos minutos todo a su alrededor se había vuelto profundamente negro, sin que pudiera divisarse la menor cosa de lo que le rodeaba. Barly amerizó, cerrando los contactos.

-No temas -le dijo a la muchacha, que miraba asustada por la transparente pared la oscuridad exterior-. Pronto terminará.

Pero los hechos demostraron lo contrario.

Apenas acababa de decir aquello, el viento empezó a soplar fuertemente a su alrededor. BarlIy sintió cómo la esfera bailoteaba sobre las aguas como una pelota inquieta. No sabía si se encontraban cerca de la costa o en medio del lago, ni si el poblado caía frente a ellos o a sus espaldas. Barly intentó hacer elevarse el aparato, pero en aquel mismo momento una intensa ráfaga los cogió de costado, en el instante preciso en que Barly daba contacto a la energía. La esfera dio un brusco giro y fue arrastrada hacia un lado contra su voluntad. Barly sintió el tirón de las fuerzas contrapuestas en su cuerpo, y gracias al cinturón de seguridad no se vio arrojado fuera del asiento. Intentó tomar el control de los mandos, pero le fue imposible. La esfera parecía danzar de un lado para otro. Tuvo la impresión de ver ante él una, mancha oscura que se acercaba rápidamente. Aún hizo un nuevo intento de dominar el aparato, que resultó totalmente inútil. Sintió un golpe sordo, un grito a su lado, y de repente, la esfera quedó inmóvil.

Transcurrieron unos instantes de aturdimiento. La tenue luz que emanaba de los generadores continuos de la esfera revelaban que ésta se encontraba echada sobre uno de sus costados. En el exterior se divisaban unas formas confusas, altas, que se movían acompasadamente. Barly comprendió que se trataba de árboles, y tuvo la impresión que se hallaban en la playa del lago, en el lindero de la selva. Sin duda el viento los había empujado hacia allí. Se desató rápidamente el cinturón de seguridad, y se levantó. A su lado oyó rebullir un cuerpo. Llamó:

Le respondió un apagado gemido. En la semioscuridad vio un bulto cerca de él y se aproximó. La luz de los generadores había disminuido notablemente, haciendo que apenas se pudieran divisar los objetos. Una se encontraba inmóvil sobre un costado, sujeta al asiento por el cinturón de seguridad. De su cabeza manaba sangre, que le corría hacia su nariz y boca en un delgado hilillo. Volvió a llamar:

-¡Una!

Ella se removió, y sus ojos le miraron. Murmuró débilmente:

-Yo, Una, tu, Barly. Yo... confiar en ti.

Sus ojos se cerraron y Barly volvió a gritar:

-¡Una!

Comprendió que la muchacha había recibido un golpe en la cabeza, y

aquello le alarmó. Desató el cinturón de seguridad y tomó el cuerpo de la muchacha, tendiéndolo en el suelo. Se inclinó sobre ella y aplicó el oído sobre su pecho. Percibió un leve latido. Le tomó el pulso y se tranquilizó al comprobar que era casi normal. Suspiró. Se trataba tan sólo de un desmayo.

Entonces se apercibió claramente de su situación. La esfera había chocado contra algo, y quizás se hubieran inutilizado algunos de sus mecanismos. ¿Y si se había destruido alguna conexión? ¿Y si los mandos de traslación por el tiempo no funcionaban? Le invadió una súbita alarma. Robertson era la única persona capaz de reparar la esfera.

-¡Dios santo!, clamó. ¿Qué sucedería si no podían regresar, si se veían condenados a permanecer allí para siempre, imposibilitados de hacer nada?

De pronto recordó unas palabras de Robertson. Si en el futuro, dentro de cien años, no habían encontrado rastros ni de la máquina, ni ningún vestigio de ellos, de su presencia; además, si no pudieran regresar, tampoco podrían hacerlo los demás a su tiempo, y hubieran encontrado vestigios de su presencia junto con la pistola. No, todo constituía una cadena. Indudablemente a la esfera no podía haberle sucedido nada. *Tenían* que poder regresar.

Probó los motores de movimiento directo, a fin de comprobar si funcionaban, pero no respondieron. Entonces recordó que Robertson les había dicho que el aparato necesitaba estar equilibrado para poder ponerse en marcha. Era preciso nivelarlo. Pero, ¿cómo?

Abrió la compuerta y salió al exterior. Por fortuna, su choque contra los árboles del lindero no había tenido más consecuencias que un par de abolladuras en el resistente material de la esfera. Pero aquello no resolvía el problema. Era preciso enderezar la esfera, y él solo no podía moverla. Era una mole demasiado grande para un hombre solo. Y Una, además de encontrarse herida, tampoco podía prestarle ayuda. ¿Qué podía hacer?

Volvió a penetrar en la esfera y contempló el cuerpo inmóvil de la muchacha. Con un pañuelo le vendó la herida, taponándosela. Pensó que quizás se encontraran cerca del poblado de los salvajes y recordó haber visto en el exterior algunas llamas vacilantes no demasiado lejos de él. Cargó el cuerpo de Una en sus brazos y volvió a salir. Durante unos breves instantes, contempló las llamas que se veían ante él, a unos doscientos metros de distancia. No se había equivocado. Pensó que, dentro de todo, habían tenido

suerte. Con el cuerpo de la muchacha en brazos, y sintiendo la lluvia golpear contra su rostro, empezó a andar, encaminándose hacia el cercano poblado.

CAPÍTULO IX

El milagro del “akra”

Las luces brillaban tenuemente bajo unos techos construidos para evitar los efectos de la lluvia. Y, junto a ellas, algunos salvajes, hombres y mujeres, tendidos en el suelo gritando palabras incomprensibles.

La llegada de Barly, con la muchacha en brazos, hizo que todas las voces se apagaran como por ensalmo. Un hombre se levantó de un salto, contemplándoles con ojos desorbitados.

Barly comprendió que era su atuendo el que llamaba la atención a los indígenas. Por eso, se apresuró a hablar en su lengua.

-Vengo en son de paz -les dijo-. Esta mujer está herida, y mi... -dudó unos momentos antes de encontrar la palabra justa- y mi vehículo volcado. Necesito ayuda.

El hombre miró al cielo, evidentemente asustado.

-El dios del cielo estar furioso con nosotros -dijo-. No poder ayudarte, forastero. Nosotros no querer irritar al dios.

Barly no tuvo que pensar mucho para encontrar una respuesta.

-El dios del cielo es aliado mío. Él está enfadado porque vosotros no me ayudáis. Hacedlo, y él volverá a reconciliarse con vosotros.

El hombre miró a los salvajes que le rodeaban, y éstos le devolvieron la mirada. Preguntó:

-¿Dónde estar tu vehículo?

Barly suspiró. Había ganado.

-No muy lejos de aquí -dijo-, junto al bosque. Venid, yo os acompañaré.

* * *

Varias mujeres se hicieron cargo de Una, curándole la herida con emplastos de hierbas salvajes y vendándosela después con tiras hechas de hojas de árboles. Mientras, un grupo de hombres siguió a Barly, dirigiéndose hacia el lugar donde estaba la esfera. Necesitaron un gran esfuerzo para volver a enderezarla, y Barly dio gracias a Dios de que ninguna de las patas del trípode se hubiera roto con el golpe. Cuando la esfera quedó de nuevo nivelada sobre sus tres patas extensibles, y Barly comprobó que los motores funcionaban normalmente, se sintió tranquilo. Su vuelta junto a los demás expedicionarios estaba asegurada.

-El dios del cielo seguir rugiendo -dijo el que parecía ser jefe de la tribu, cuando Barly volvió a salir de la esfera-. Tú aplacarlo ahora.

-El dios del cielo está irritado porque espera mi llegada y yo estoy aquí. Cuando yo llegue junto a él, él aplacará su ira. Traed a mi compañera, e iremos a su encuentro. Entonces el dios del cielo aplacará su ira contra vosotros y os ofrecerá de nuevo la reconciliación del sol.

El hombre parecía desconfiado. Preguntó:

-¿Cómo saber nosotros que tú no mentir?

-Mi poder es grande -dijo Barly-. Mirad esto. Soy el portador del "*akra*" -y mostró su pistola a los salvajes.

El hombre contempló unos instantes el artefacto. Murmuró:

-¿Qué ser el "*akra*"? Nosotros no conocer este dios.

Barly comprendió que acababa de cometer un desliz. Indudablemente, el "*akra*" no era conocido en aquella época. Pero debía salir del paso. Debía mostrar a los salvajes cual era su poder.

-El "*akra*" es un dios poderoso -dijo-. Observad cual es su poder.

Apuntó al cielo y dejó escapar un rayo ininterrumpido de energía. El blanco haz de luz se perdió entre las nubes, camino del cielo. Luego apuntó a un grupo de árboles y disparó de nuevo. Una serie de troncos se retorcieron como por arte de magia, brillando intensamente por unos segundos, para convertirse después en un retorcido montón de pavesas. El agua del lago hirvió cuando dirigió hacia ella el rayo de la pistola.

-Éste es mi poder -dijo-. Traed a mi compañera.

Los hombres le contemplaban con una mezcla de horror no exento de superstición. Murmuró el jefe:

-Tú ser dios del mal.

-No. Yo soy portador del dios del bien. Yo ayudaros si vosotros me ayudáis. Traed a mi compañera.

El hombre dudó unos momentos; luego, hizo un gesto a su espalda. Varios hombres salieron corriendo hacia el poblado. Cuando regresaron traían en una especie de parihuelas hechas con dos troncos y varias pieles de animales atadas a ellos, a Una. Ésta había recobrado el conocimiento y sonrió al ver a Barly.

-Yo estar tranquila a tu lado -dijo-. Yo tener miedo de gente desconocida.

-Son amigos -le dijo Barly-. Buenos amigos nuestros.

El jefe se inclinó reverentemente.

-¿Desear pasar la noche en nuestro poblado? Tú ser dios del bien. Nosotros ofrecerte hospitalidad.

Barly dijo que no con la cabeza.

-Debo acudir a apaciguar la ira del dios del cielo -dijo-. Necesito hacerlo como prueba de gratitud hacia vosotros.

El salvaje miró hacia la pistolera de Barly, donde éste había vuelto a guardar su arma.

-Tu dios ser poderoso -dijo-. Poderoso como tú. Él poder ayudarnos.

-¿Qué quieres decir?

El hombre vaciló unos instantes.

-Tú darnos imagen de tu dios -pidió al fin-. Nosotros adorarlo como dios protector de nuestra aldea. Tú ser poderoso, y él también. Nosotros querer imagen suya para invocar su ayuda.

Barly arrugó el entrecejo. ¿El dios "*akra*"? ¿La pistola? ¡Aquellos hombres estaban locos!

-Es imposible -dijo-. Yo debo traerlo al dios de los cielos. No puedo dároslo.

El hombre estaba rodeado de una docena de salvajes, tan corpulentos como él. La lluvia golpeaba sobre sus pieles tersas y musculosas, poniendo reflejos brillantes.

-Tú tener poder suficiente -dijo el jefe-. Nosotros necesitar protección. Tu dios ser poderoso, tú mismo demostrarlo. Tú dejarnos una imagen suya para rendirle culto. Y el dios "*akra*" ayudarnos.

Barly se sintió confuso, desconcertado. De repente le vinieron a la memoria las palabras de Una: "el dios "*akra*" fue traído por un portador. Los cielos anunciaron su presencia. El hombre mostró su poder lanzando un dardo de luz al cielo y derribando muchos árboles con su rayo mágico, y haciendo hervir el agua. Luego, había dejado una imagen suya para que fuera adorada por los salvajes".

Los cielos anunciaron su presencia. Y cuando él llegó al poblado la tempestad batía furiosamente sobre las chozas de los salvajes. Súbitamente comprendió. Lo comprendió todo, y sintió de repente unos extraordinarios deseos de reír. En la oscuridad, entre aquellos salvajes que le admiraban entre

respetuosos y atemorizados, bajo aquella lluvia que repiqueteaba sobre su cabeza y en el casco de la esfera, recordó las palabras de Robertson sobre la inviolabilidad del tiempo. Y supo lo que debía hacer y lo que «no» debía hacer. Volvió a sentir unas enormes tentaciones de estallar en carcajadas. Sacó de nuevo la pistola de su funda y la tendió a los salvajes. Dijo:

-Tomad. Él os protegerá y os ayudará. Erigidle un altar y adorarlo. Él os ayudará siempre que se lo pidáis. Vuestro nuevo dios "*akra*" será vuestro protector. Adiós.

Entregó la pistola al jefe de los salvajes y éste la cogió con respeto, casi con devoción. Barly penetró en la esfera, donde se encontraba ya Una, sentada en un sillón. Ella le sonrió y Barly le devolvió la sonrisa. Se sentó frente a los mandos. A través de la transparente pared vio a los salvajes tendidos en el suelo, arrojando, al aire puñados de mojada arena, en señal de humildad, mientras el jefe, con la pistola cogida reverentemente entre sus manos, contemplaba el vehículo.

Puso en marcha los motores directos y el aparato se elevó silenciosamente, hundiéndose en la oscuridad.

CAPÍTULO X

Misterio resuelto

Aparecieron sobre el lago, muy cerca del poblado, en el mismo lugar donde lo abandonaran, cien años atrás. En la parte de la empalizada varios salvajes trabajaban en diversos quehaceres, entre ellos reparar los daños causados por los mamuts, ajenos por completo a la bola transparente que acababa de aparecer repentinamente en el cielo.

Barly hizo descender lentamente la esfera, hasta posarla en la playa. Cerró todos los contactos y ayudó a Una a salir. Luego cerró la portezuela desde el exterior y apretó el dispositivo que ponía en funcionamiento el cobertor directo de energía repulsiva.

Dejando así protegido el aparato, tomó a Una de la mano y se dirigió hacia el poblado.

La muchacha, al comprender lo que Barly pretendía, se detuvo, tirando de él.

-Tú no poder ir allí -musitó-. Jefe tribu matarte como los demás.

-¿Por qué? Él nos ha pedido un milagro y nosotros se lo vamos a ofrecer. Anda, ven. No tengas miedo.

-Pero el plazo pasar ya. Transcurrir dos días.

Barly sintió deseos de reír.

-El dios "*akra*" es todopoderoso -dijo-. Y él nos ha concedido el favor de devolvemos al mismo sitio muy poco tiempo después de habernos ido -señaló hacia el cielo-. El sol todavía no se ha puesto. Y mis compañeros me están aguardando.

Echaron a andar hacia adelante, y la muchacha le siguió a regañadientes. Llegaron al poblado. Al verlos, varios de los salvajes echaron a correr rápidamente hacia las casas, encaramándose a toda velocidad por las toscas escalas de madera. A los pocos momentos, de nuevo empezaba a descender la gente de las cabañas, reuniéndose en la explanada. Cuando llegaron a la empalizada, casi toda la aldea estaba reunida en ella.

El jefe del poblado, seguido de cinco guerreros armados con lanzas de punta de sílex, avanzaron hacia él. El rostro del jefe permanecía entre grave e indeciso.

Se detuvo frente a Barly, que le contemplaba fijamente.

-Tú escapar -dijo-. Tus compañeros hablar por tu boca, y decir que

haber ido en busca del dios "*akra*" para pedirle realizar milagro, pero yo no creer. Sin embargo, tú volver.

-¿Dónde están mis compañeros?

-En la cabaña. Ellos aguardan el término del plazo.

-El plazo no ha transcurrido aún. Hazlos venir aquí.

El jefe asintió con la cabeza.

-Pero tú no intentar huir. Mis hombres impedirlo...

-No quiero huir. He vuelto sin que nadie me obligara a ello.

El jefe dio una orden a sus espaldas, y algunos indígenas corrieron hacia las cabañas lacustres. Poco después, de ellas descendían los cuatro restantes expedicionarios, acompañados de cinco guerreros salvajes. Atravesaron la explanada y el pueblo abrió silenciosamente un pasillo a su paso. Se detuvieron junto a Barly y al jefe de la aldea.

-¿Cómo ha ido? -preguntó Grueber, con los ojos fijos en el tosco vendaje que Una llevaba en la cabeza.

-Muy bien -replicó el aludido-. Todo está a punto.

-¿Cuánto tiempo retrocedió en el pasado? inquirió Robertson, mirando atentamente las blancuzcas abolladuras que lucía el aparato allá en la playa.

-Cien años -dijo Barly-. Ya les explicaré luego los detalles. Ahora el pueblo está reunido. Creo que podemos empezar la función.

Grueber miró a los silenciosos indígenas que les contemplaban fijamente.

-Sí -dijo-. Podemos empezar la función.

Adelante, Barly.

Barly avanzó unos pasos, deteniéndose junto al jefe y frente a todo el pueblo. En la mano llevaba el pequeño emisor del explosivo con su correspondiente antena de cuadro. Levantó la voz.

-Pueblo -llamó-. Vuestro jefe ha dudado de nosotros y nos ha exigido una prueba de que éramos verdaderos portadores y enviados del "*akra*". Su desconfianza merecía tan sólo nuestro desprecio, pero el dios "*akra*" es magnánimo y ha querido demostrarle que nosotros decíamos la verdad. Observad la montaña donde se encuentra su templo.

Todos los ojos se dirigieron hacia allá. Barly aprovechó la ocasión para manejar la antena de cuadro hasta situarla perpendicularmente a la

montaña.

-Ahí está la montaña -dijo-. Aquél es el dominio del dios, y allí reside su poder. Cuando yo le llame, el dios "*akra*" me contestará a través de la montaña. Y así sabréis cual es su poder.

Todos los ojos estaban fijos en la cumbre de la montaña. El cielo estaba limpio, azul sin ninguna nube. El aire era claro, sin el menor soplo de viento. Un silencio completo reinaba en la explanada. Barly levantó aún más la Voz, al tiempo que su dedo se apoyaba sobre el pulsador del emisor de cuadro.

-¡Montaña -gritó-, habla!

Y su dedo apretó el pulsador.

Fue instantáneo. La pequeña emisora lanzó un destello de frecuencia elevadísima, y el receptor del barreno, que desde cien años estaba depositado en la cima de la montaña, lo recogió, cerrando un circuito. El explosivo entró en funcionamiento, y aún perduraba el eco de la voz de Barly, cuando un eco más poderoso se le unió.

La cumbre de la montaña pareció desgajarse en su parte izquierda, y las rocas que la componían parecieron vacilar. Una de las mayores, la que descansaba sobre la hendidura, fue inclinándose majestuosamente, hasta caer por la ladera, seguida por las demás. El alud fue creciendo, a medida que las rocas arrastraban otras rocas en su caída, rompiéndose, desmenuzándose...

El espectáculo duró sus buenos quince minutos. Cuando todo hubo terminado, un silencio pesado inundó el ambiente, después del horrísono y prolongado fragor del estampido y el desplome. Al lado de Barly, el jefe de la tribu temblaba. Los habitantes del poblado se volvieron hacia los expedicionarios. Dudaron unos momentos, como si no supieran qué hacer. Luego, como un solo hombre, se arrojaron de bruces al suelo, gritando y arrojando puñados de tierra al aire.

El jefe no tardó en imitarlos.

Grueber se acercó a Barly.

-Ha sido perfecto -murmuró-. Le felicito. ¿Qué es lo qué les ha dicho?

Barly le repitió su pequeño discurso a los salvajes, y Grueber sonrió, satisfecho.

-No está mal –dijo-. Creo que ahora podremos terminar de investigar el misterio de la pistola con toda tranquilidad. No creo que nuestros amigos se

pongan muy pesados después de nuestra demostración.

Barly carraspeó.

-Este... ¿el misterio de la pistola? No creo que sea necesario seguir investigando, doctor. Me parece... Yo puedo decirles todo lo que deseen saber respecto a ello...

* * *

Permanecieron aún dos días más con los indígenas, rodeados del más respetuoso temor. Hicieron aún otra visita a la cueva redonda, en la cual las únicas consecuencias del alud se habían traducido en un ligero desprendimiento de algunas rocas del techo. Allí Grueber desmontó la pistola y observó su número de control. Y entonces no le cupo ya ninguna duda.

-Es extraordinario -dijo después en la cabaña donde se alojaban-. Y creo que no llegaré a comprenderlo nunca. De modo que nosotros, que vinimos a investigar el misterio de la pistola, fuimos al mismo tiempo quienes lo provocamos todo.

Y volviéndose a Barly:

-¿Por qué lo hizo, Barly?

-¿Hacer qué?

-El entregarle la pistola a los salvajes, hace cien años.

Barly sonrió.

-En realidad -dijo-, es algo más difícil de explicar de lo que parece. El origen de todo lo promovió usted, Robertson. ¿Recuerda lo qué nos dijo en una ocasión que el tiempo no podía ser violado? Podían modificarse las circunstancias futuras, pero nunca los hechos reales. Aquel fue el pensamiento que vino a mi cabeza aquella noche, bajo la lluvia, entre los salvajes. Una nos había explicado las circunstancias en que fuera entregado el dios "*akra*" a los salvajes, hacía muchas lunas, en tiempos del padre de su padre; es decir, hacía unos cien años. Existía la tempestad, el rayo, el cielo, los árboles derribados... En un principio no presté demasiada atención a ello, fueron actos impensados. Pero cuando el jefe de la tribu me pidió una imagen del dios "*akra*" para adorarlo, súbitamente comprendí. Era extraño, pero era así. Yo mismo había sido quien, por un cúmulo de circunstancias casuales, había entregado la pistola a los salvajes, cien años antes del momento presente. En un principio, la sorpresa misma me hizo negarme a las pretensiones del salvaje, pero entonces recordé sus palabras Robertson. No podía violarse el tiempo. La

existencia de la pistola era un hecho consumado. Si yo me negaba a entregarla a los salvajes, la pistola desaparecería. Y el cataclismo de la violación del tiempo se produciría. En cambio, si yo la entregaba, no sucedería nada. El círculo quedaría completo. Por eso fue que se la di al jefe de la tribu. El tiempo debía seguir su curso.

Grueber dudó unos momentos.

-Pero es, en cierto modo, ridículo todo esto -dijo al fin-, ya que al final ha resultado que fuimos a investigar al pasado un hecho que nosotros mismos habíamos provocado. ¿No resulta algo gracioso?

-Más que eso -dijo Barly-. Nosotros fuimos al pasado para investigar un hecho incomprensible, y nosotros mismos lo provocamos. Si lo miramos bien, es un círculo vicioso. La causa y los efectos somos nosotros mismos. Y entre una y otros han transcurrido miles de años.

Usted es técnico en estas cosas, Robertson. ¿Qué opina de todo ello?

El hombre había permanecido silencioso hasta entonces. Murmuró:

-En cierto modo, me siento desconcertado.

Pero de todos modos sí puedo decirle algo, Barly, obró usted de la única forma en que podía obrar. Parece estúpido que usted mismo desencadenara un hecho que sólo iba a traernos dolores de cabeza, pero en realidad era lo único que lógicamente podía hacer. El hecho estaba ya desencadenado cuando usted lo desencadenó, y lo único que hizo usted fue cumplir con el requisito indispensable de desencadenarlo para evitar males mayores. Ahora bien, lo único que existe oscuro aquí es una cosa: usted mismo ha dicho que se trata de un círculo vicioso. Y yo ratifico su afirmación. Pero, al mismo tiempo, le hago una pregunta: ¿dónde se encuentra el principio de este círculo?

Hortzst asintió con la cabeza.

-¿Dónde está este principio, profesor?

Robertson se encogió de hombros.

-¡Quién lo sabe! Somos mentes demasiado limitadas para comprenderlo. Lo único que puedo decirles es una cosa: ¡Son cosas del tiempo!

-¿Y qué sucederá ahora con la pistola, profesor? -inquirió Quaterman.

-Es fácil predecirlo. Los salvajes seguirán adorándola como el dios "*akra*", como ese dios que nosotros oímos por primera vez de los salvajes, y

ellos de nosotros. Luego, quizás venga, un cataclismo, quizás la tribu desaparezca, o simplemente abandone su culto. Y la pistola quedará enterrada en cualquier rincón. Hasta que miles de años después, vengan unos arqueólogos y la descubran. Y se pregunten: ¿qué hace esta pistola en estas excavaciones? ¿Qué significa? ¿Quién la trajo aquí? Hasta que decidan ira investigar aquel misterio. Y lo más gracioso será, señores, que estos arqueólogos seremos nosotros...

La esfera estaba preparada en la playa. Robertson la había examinado de arriba abajo, encontrando que todo estaba en orden. No había nada estropeado, salvo las abolladuras del casco, que no tenían ninguna importancia para el perfecto funcionamiento del aparato.

En aquellos dos días, el poblado hirvió en fiestas. Los cinco expedicionarios tuvieron que asistir a las manifestaciones dadas en su honor por los habitantes de la aldea, en las que hubo baile, comida y ceremonias rituales. Eran fiestas toscas, típicas de los pueblos primitivos, pero que permitieron a Hortzst recoger, mediante su cámara fotográfica, su aparato cinematográfico y su cinta magnetofónica, un documento directo de gran importancia arqueológico para su época.

Una se recuperó enseguida de la herida, que en sí era de poca importancia. Seguía constantemente con los cinco hombres, siempre atenta a sus menores deseos. Cuando. Barly le comunicó que debían irse y que probablemente no volverían más, ella no respondió nada. Se limitó a volver la cabeza y a marcharse lentamente de su lado.

Barly permaneció dos horas paseando solo por la playa. Luego se dirigió a ver a Robertson.

-Oiga, profesor, -le dijo-. Necesito hacerle una pregunta. Usted ha afirmado que cualquier cosa relativa al futuro probablemente puede variarse sin ningún peligro. Así, por ejemplo, en lo que concierne al futuro de nuestro regreso, del que no conocemos nada, cualquier variación puede ser admitida.

-Por supuesto.

-Y en lo referente a nuestro futuro actual también, ¿verdad?

-¿A qué viene esto?

-Conteste a mi pregunta, por favor. Si yo, por ejemplo, matara ahora a alguno de los salvajes de esta aldea, no sucedería nada peligroso en el tiempo, ¿verdad? Absolutamente nada.

-Por supuesto que no. A menos que supiera, por cualquier circunstancia, que este salvaje *estaba* vivo después de matarlo usted, es decir, si decidiera matarlo *después* de saber certeramente que el salvaje debía vivir.

-Pero en otra caso no, ¿verdad?

-Por supuesto que no. ¿Por qué desea saberlo?

Barly dudó unos momentos antes de contestar.

Luego inspiró profundamente.

Profesor -dijo-, quiero llevarme a Una a nuestro tiempo.

Robertson dio un respingo.

-¿Está usted loco, Barly?

-Bajo ningún concepto. Estay enamorado de ella, y por la que he podido apreciar me parece que ella también lo está de mí. Nos queremos, y deseo casarme con ella. Y usted mismo ha afirmado que puedo hacerlo.

-Bueno, pero... ¡Es una salvaje, Barly!

-Lo sé. Pera es inteligente, y estoy seguro que aprenderá rápidamente. También eran salvajes hace pocos años tribus enteras de hombres en los continentes atrasadas de la Tierra, y ahora son seres completamente civilizados.

Robertson asintió lentamente con la cabeza.

-Comprendo sus argumentos, Barly, y nada razonable puedo oponer a ellos. Pero éste es un asunto que no me incumbe a mí solo, sino a todos. A los demás también. Tienen que ser ellos quienes decidan.

Barly se armó de resolución.

-Muy bien. Entonces se lo plantearé a todos.

* * *

Todo el poblado estaba reunido en la explanada, contemplando la esfera posada sobre la arena de la playa. Los cinco expedicionarios aparecieron por uno de los lados, con todos sus impedimentos y sus mochilas en la mano. Primero fue Robertson quien subió al aparato. Luego, Grueber y Hortzst. Luego, Quaterman. Después, Barly se volvió hacia Una y la ayudó a subir. Los salvajes contemplaron a la compañera que marchaba con los extranjeros, con los portadores del “*akra*” hacia el lejano país donde moraba el dios, para servirle. Era la elegida.

Luego fue Barly quien subió. La portezuela se cerró suavemente, y el aparato empezó, primero lentamente, luego en crescendo. Se elevó unos

palmos del suelo, con lentitud. Luego, lo hizo más aprisa. Cuando llegó a cierta altura se detuvo. Los cinco hombres contemplaron bajo ellos el panorama de la población, y las manchitas que eran los hombres. Una también miró hacia abajo. Pensó en el país maravilloso del que le había hablado Barly y al que le llevaba, país lleno de dioses como el "*akra*", que servían a los hombres como los más fieles esclavos. Y sonrió.

Miró a Barly.

-Yo Una, tú Barly -le dijo suavemente. Y fue la más pintoresca declaración de amor hecha entre un hombre del siglo XXII y una mujer prehistórica.

Allá abajo, los salvajes contemplaron cómo la esfera, después de remontarse hacia las alturas, desaparecía repentinamente en el cielo, fundida en la nada. Luego, miraron hacia la cueva redonda de la montaña, y se tendieron al suelo para adorar al omnipotente dios "*akra*", arrojando puñados de tierra al aire.

Aquellos hombres primitivos no sabían que, miles de años más tarde, otros hombres descubrirían las ruinas del altar del dios "*akra*". Que en sus mentes ultramodernas se preguntarían cuándo, cómo, por qué y de qué manera podía haber llegado aquel objeto hasta allí. Que, para resolver aquellas preguntas, decidirían iniciar una expedición al pasado, en busca de la solución del misterio de la pistola prehistórica. Y que así se iniciaría de nuevo la más fantástica aventura que sus limitadas mentes pudieran imaginar...

FIN

217

La seguridad defensiva de la CONFEDERACION INTERPLANETARIA dependía de unos documentos. Por eso, los mundos que la integraban, se estremecieron de pánico cuando aquéllos fueron robados.

¿Llegaría a desarrollarse la guerra cósmica?

Y si ésto llegaba a suceder, ¿se inclinaría la victoria a favor de quien los poseyera?

La POLICIA ESPECIAL DE TRAFICO INTERPLANETARIO se encontraba en el terrible dilema de hallar los documentos robados en un cortísimo plazo de tiempo o resignarse a que sucumbiera la mayor parte de la humanidad.

ESPIONAJE EN EL COSMOS

el fantástico y apasionante relato de

EDWARD WHEEL

que nos situará en una época superior al año DOS MIL CUATROCIENTOS, nos resolverá la incógnita en una grandiosa epopeya donde los hombres luchan y mueren por sus ideales.

Si es amante de la ciencia-ficción, no deje de leer el próximo ejemplar de la apasionante colección

Luchadores del Espacio

TIP. ARTÍSTICA

Precio: 7 pesetas

Distr. en Argentina por FOLIA. Maipú, 924. Bs. As.